



NARRATIVA

PREMIO de CUENTOS
CIUDAD DE CORIA 2019

GRANDES VUELTAS POR ETAPAS

Javier Rodríguez Pérez-Rasilla



GRANDES VUELTAS POR ETAPAS

GRANDES VUELTAS POR ETAPAS

Javier Rodríguez Pérez-Rasilla

El Jurado de esta XXIX Edición del “Premio de Cuentos Ciudad de Coria”, fallado el día 24 de abril de 2019, estuvo compuesto por:

Presidente: D. Marino González Montero

Vocales: D^a. Luisa Rodríguez Serrano

D. Alfonso Pomet Correa

Secretaria: D^a. María José Andrada Pérez

Javier Rodríguez Pérez-Rasilla “Grandes vueltas por etapas”

I.S.B.N. 978-84-15823-53-7

Depósito Legal: CC-382-2019

Portada: Área de Imagen de la Diputación Provincial de Cáceres

Dibujo original: Lucas R. de Ruiter

Edita: Área de Cultura de la Diputación Provincial de Cáceres

Imprime: Gráficas Romero

Voor Mea

TIME FOR ENGLISH

Sara tiene siete años y es muy abierta. Le gusta charlar con la gente, con toda la gente, y así lo hace desde que pocos meses atrás se trasladó con sus padres a Barada, la aldea salvada in extremis de la ruina gracias a la llegada de los nuevos pobladores, teletrabajadores huidos de la gran ciudad y emprendedores ecoempresarios, beneficiarios de la red de cable instalada finalmente por el Gobierno nacional y de las exenciones fiscales y otras ventajas concedidas por el Gobierno autonómico a los colonos dispuestos a instalarse allí donde Cristo dio las tres voces, que es justamente donde está situada Barada, como otras muchas aldeas de esta agreste comarca.

Sara no hace diferencias entre hombres y mujeres, feos y guapos, altos o bajos, jóvenes o viejos; es la única en el pueblo que habla con todo el mundo.

Le encanta enterarse de cosas, es curiosa y sigue prestando atención mucho después de haber dejado de entender lo que le están contando, como si una vez comenzada su labor de escucha le fuese imposible interrumpir a quien habla si no es para pedirle una aclaración o interrogarlo sobre un nuevo asunto. Por esa impensable facilidad en una niña de sus años para escuchar, a Sara le toca muchas veces tragarse historias de litigios y despedidas, de añoranzas y traiciones, de penas y sueños que los habitantes del pueblo no cuentan a nadie más.

Obdulio, el hijo de doña Matea, no habla ni con Sara. En realidad, Obdulio habla poquísimo, menos de lo justo. Sin embargo, Sara, inmune al desaliento, lo sigue a menudo y le hace preguntas que él contesta —si es que lo hace— con gran economía de palabras.

Hoy, un día de otoño como otro cualquiera, sobre las once, Obdulio se dirige al cercado armado de una maza, para reparar la estaca que una vaca se ha llevado por delante muy temprano por la mañana, justo después del ordeño.

Sara está sentada a la puerta de su casa, acaba de terminar la tarea de matemáticas y contempla entretenida cómo se va elevando el sol por encima de la peña de la Bestiaria. Pasa Obdulio y lo sigue sin decir palabra, cuatro o cinco metros por detrás, hasta alcanzar el cercado.

Obdulio se escupe las manos y comienza a golpear la estaca después de asentarla en su lugar, para fijarla de nuevo. Sara mira, se fija en cómo la frente del hombre se va perlando de sudor, la camisa empapándose a la altura de los sobacos.

—Cuesta mucho, eh, Dulio —dice, sin apartar la vista del hombre.

Dulio gruñe afirmativamente y Sara continúa observándolo de abajo arriba, desde su altura de siete años.

—Dulio, ¿tú te apellidas Quintana? —pregunta la niña de repente.

—No —contesta Dulio sin dejar de descargar golpes de maza.

—¿Y Ovejero? —insiste ella, acercándose un poquito más.

Recibe el mismo no por respuesta. Se queda un momento callada, entre la segunda y la tercera pregunta dura más el silencio que entre la primera y la segunda.

—Entonces Becedo, claro —dice Sara, con una sonrisa en la boca y voz de haber resuelto un enigma.

—Tampoco —contesta Obdulio, que comprueba ya con las manos la solidez de la estaca recolocada.

—Pues qué raro, dice mi padre que por estos pueblos no hay nadie que no se apellide así, Quintana, Ovejero o Becedo —argumenta Sara, extrañada.

Obdulio, sin despegar los labios, recoge la maza del suelo y desanda el trecho hasta su casa, la última a la salida del pueblo, en

el camino hacia Mediaconcha, la aldea deshabitada en lo alto del monte. Sara se queda junto a la cerca, viendo a las vacas rumiar sin ninguna prisa, casi inmóviles. Luego escucha la voz de su madre, llamándola.

Los padres de Sara son inflexibles en las horas de estudio de la niña; antes de tomar la decisión de abandonar la ciudad y trasladarse a Barada, planearon durante largas tardes el método a aplicar en la educación de su hija.

—*Time for English*, Sara —vocea su madre de nuevo.

—*I'm coming*, mami —grita Sara, iniciando un trote ligero.

Obdulio deja la maza detrás de la puerta de la cuadra y se mete en la cocina.

Doña Matea lo mira un instante y sigue a lo suyo, partiendo astillas para alimentar la lumbre. Obdulio se sienta en la banca y se sirve aguardiente de la botella de la alacena.

—¿Cómo se apellida usted de segundo, madre? La madre tarda unos segundos largos en dar una respuesta.

—Becedo —contesta, sin volver la vista hacia su hijo.

—Y el padre tenía un Ovejero de los primeros, ¿no es cierto? —insiste Dulio, mientras se sirve un nuevo trago.

—Ovejero, sí, Ovejero, el tercero de tu padre —aclara doña Matea.

Obdulio, tras la última respuesta, vacía el vaso y se levanta sin decir palabra.

—Putá cría —se le escapa igual que un escupitajo entre los dientes, mientras camina hacia la nave.

SERES VIVOS

Juan Carlos viene poco por Trebejo, aunque la capital regional, donde vive, está apenas a setenta kilómetros. Por gusto vendría aún menos, pero si su madre tiene una urgencia él es la primera opción, los otros hijos viven lejos y tienen niños, negocios, horarios exigentes. Él es hijo tardío, llegó cuando ya no se le esperaba y se quedó sin padre a los pocos años de nacer. Un niño flojo, de esos que se caían tanto que acababan por dejar de jugar.

Juan Carlos es funcionario, ganó la plaza de auxiliar administrativo en la Consejería de Hacienda hace ocho años, después de estudiar Magisterio sin convencimiento y de andar perdiendo el tiempo con las oposiciones algún que otro año. El trabajo ni lo mata ni lo hace más fuerte, pero le deja tiempo libre para su afición principal, que es seguir el deporte por televisión.

Así es que Juan Carlos viene por las fiestas señaladas, una semana en verano, otra en Navidad y siempre que su madre lo necesita. Trebejo de la Collada, población dependiente del ayuntamiento de Navega, no tiene nada que ofrecerle. Apenas cincuenta casas, ciento setenta y cinco vecinos, gente que dio estudios a los hijos gracias a la economía mixta –vacas y fábrica– de los buenos tiempos y consiguió buenas pensiones. Los jóvenes que viven en el pueblo, salvo dos ganaderos empeñados sin éxito en demostrar que la vida sigue igual, trabajan en el escaso comercio de Navega o en Pueblogrande y regresan al pueblo por la tarde.

Juan Carlos, cuando viene, se pasa por El mesón, ubicado en una de las casas del ensanchamiento de la calle principal que recibe el nombre de plaza.

Es el único establecimiento hostelero que existe. Allí se reúnen los cazadores que suben a las monterías de jabalí los fines de semana, desde allí reemprenden la marcha con sus 4x4 por la carretera que tres kilómetros más arriba, en el alto, se hace pista de tierra para adentrarse en el corazón de la reserva de caza. Y, claro está, también frecuentan el bar los numerosos senderistas que inician en Trebejo sus rutas y todos los vecinos que no están peleados con Simón, muy escasos gracias a su diplomacia de tabernero. Juan Carlos suele pasarse después de comer. Pide café y se entretiene mirando la tele y siguiendo de reojo la partida. Acodado en la barra, permite que los parroquianos le hablen de las cosas del pueblo como si él siguiera viviendo en casa de su madre, sin darse cuenta sus interlocutores de que muchos sucesos se le escapan, y otros, la gran mayoría, no le interesan en absoluto.

Hoy es un jueves de febrero y Juan Carlos ha madrugado para acercarse a Trebejo con un día de asuntos propios. Anda su madre mal del estómago y se acercó para llevarla al médico a Pueblo grande, porque el autobús de línea que baja a Navega pasa únicamente a primera hora y hace el trayecto inverso a la hora de comer, y a poco que tardaran las pruebas en Pueblo grande no le daría tiempo a ella coger el regional y se vería obligada a pagar un taxi hasta Navega. Fueron por la mañana y regresaron en un par de horas. Han comido y él ha salido de casa cuando ella se empezaba a amodorrar en el sofá.

Pensaba irse a dar una vuelta por el río, hasta la peña del Cuervo, pero las nubes amenazan lluvia y sopla viento del norte, por eso ha preferido el bar.

Ahora está allí, sentado en una banqueta delante de la pequeña taza vacía de su café cortado.

La partida de flor está más o menos mediada. Fonsi, pensionado por accidente en la construcción, sigue desde su esquina perenne los cotilleos del televisor. Simón hojea la prensa regional. Cuando

encuentra alguna noticia de la capital, que son las más, se la comenta a Juan Carlos, por ver si él está enterado. “Como vives allí”, repite para justificarse cuando Juan Carlos le hace ver con un gesto que no tiene ni idea de lo que le habla.

Un coche para ahora en frente del bar. Todos miran para ver quién es, también los jugadores interrumpen un instante la partida.

—Es Tomás —dice uno.

—Dame carta —dice otro, volviendo la vista al tapete verde, una vez identificado el que llega.

Tomás entra y se para a mitad de camino entre la puerta y la barra, para hacer un barrido visual estilo salvaje oeste. Viste buzo y calza catiuscas, uniforme oficial de ganadero. Su caserío es el más lejano del pueblo, casi en lo alto de la sierra. Vive de las vacas, más de cuarenta cabezas en estabulación moderna, pero tiene también yeguas de monte y algunas ovejas, más un par de cerdas para vender lechones bajo cuerda. De vez en cuando le pide a Juan Carlos favores de papeleo, que le paga con productos de la tierra. Son de la edad y fueron juntos a la escuela hasta que Tomás la dejó, muy pronto.

Tomás, que tiene el cuello ancho como el de un buey, trata a todo el mundo como si fuera un capataz de obra.

—Hombre, el señorito, ¿qué pasa? Simón, ponme un café y una copa de coñac; y ponle algo a este también —dice Tomás acodándose en la barra—. Y deja eso que no dice más que tontadas. Parece mentira que a tus años sigas leyendo semejantes porquerías —añade, estirando el brazo y cerrándole a Simón el periódico de un manotazo.

—Estate quieto, animal —replica Simón.

Tomás se ríe sin abrir la boca, haciendo ruido con la garganta. Arrima una banqueta a la de Juan Carlos —que se ha negado a la invitación— y lo mira haciendo una mueca.

—No sé, no sé, no sé si enseñarte lo que te vengo a enseñar, Simón, este se ha vuelto demasiado fino —dice bajando la voz y volviendo la vista a los de la partida.

—Juan Carlos no se asusta por cualquier cosa, ¿eh, Juancar?
—dice Simón, sin esperar respuesta.

—Lo tengo metido en el coche. Hoy subí hasta la Peñona a echar un ojo a las yeguas y allí estaba paciando, él solo. Ni levantó la cabeza para olfatear. Hasta pena me dio —dice Tomás, en un susurro.

Simón sirve las bebidas y se queda junto a los dos clientes, esperando que Tomás continúe. Tomás vierte el azúcar en el café con parsimonia, disfrutando del interés que se ha ganado. Le pide un farías a Simón y arranca la punta con los dientes. Escupe y sumerge la punta mordida en el coñac.

Luego se acerca a la ventana, la abre, enciende el puro y lo deja humeando sobre el alféizar.

—Tienes que dejar ya la costumbre del purito, Tomás, es que me van a multar, que nunca vienen pero al final llegan —protesta Simón.

—Cuando dejes de venderlos, dejaré yo de fumarlos. Además, ¿quién va a venir aquí a poner multas?

—Venga, ¿qué pasa?, ¿qué tienes? —apremia Simón.

—Voy a beberme esto —dice Tomás, generando misterio.

—Pero bueno, ¿qué traes, joder? No nos tengas en ascuas —insiste Simón.

—Qué pelmas, la virgen, qué pelmas —teatrear Tomás. Apura el café, se va hasta la ventana, le da otras dos caladas al puro y vuelve a dejarlo sobre el alféizar. Se vuelve hacia la barra aún echando humo y se pasa la mano por la boca antes de hablar: —Una corza como de veinte kilos —dice, muy satisfecho.

—Cierra esa ventana, hostias —protesta uno de los jugadores, molesto por el aire frío que se cuela en el local.

—Calla, Cencio, que ya me voy —dice Tomás, y se acerca hasta la ventana para cerrarla. Luego se vuelve hacia Juan Carlos y Simón

y les hace una seña para que lo sigan fuera. Fonsi parece dormir con los ojos abiertos, fijos en la tele.

—Vamos a verlo —dice Simón.

—Yo no tengo ningún interés —replica Juan Carlos.

—Que sí, joder, sal a ver el bicho —le dice Simón.

Juan Carlos, con desgana, se baja de la banqueta y también sale. Rodean el todoterreno de Tomás y este, con el farías entre los dientes, abre el maletero.

Levanta un plástico negro y allí está el animal, un ejemplar joven que apenas reacciona a la claridad que entra por la portezuela. Tiembla con los ojos entreabiertos, y a cada contracción de su diafragma escapa un hilillo de sangre de la herida que tiene en el costado, con los bordes ya un poquito ennegrecidos.

—Guapa, eh. Le acerté como a cincuenta metros. La ballesta esa es cojonuda, no se entera ni dios. Les des donde les des, caen. Mil veces mejor que un tiro.

—Pero si está viva, desgraciado, ¡qué te costaba rematarla! —exclama Juan Carlos, indignado.

—¡Joder, las prisas, si parecía que estaba seca! Acababa de ver pasar al guarda camino de la Peña. Me pillan y me fríen. ¡Si no se movía! —replica Tomás, sorprendido, sin dejar de controlar la carretera en dirección a la nacional.

—Para quitarle la flecha tuviste tiempo, y para rematarla con un cuchillo, no. ¡Eres un cafre, mira cómo tiembla el pobre bicho! —insiste Juan Carlos, levantando la voz.

—Cállate, hombre, cállate —dice Tomás—. ¿No ves como no tienes ni puta idea? Lo suyo es vaciar al animal allí mismo y que escurra la sangre, ¿tú crees que quiero yo poner el coche perdido? Lo que pasa es que el guarda no es imbécil, si dejo allí las vísceras lo tengo registrando el congelador de casa antes de que lleguen los críos de la escuela.

—Ya, ya —dice Juan Carlos con bastante desprecio—. Hala, yo ya vi bastante.

—Oye, Juan Carlos, no me toques los cojones, te he dicho que pensé que estaba muerta. Además, ¿quién eres tú para decirme nada? Lo del monte, para los que viven en el monte, que cuando nieva y me tiro cuatro días aquí incomunicado, no viene nadie de la ciudad a despejar la carretera.

—Si yo no te digo que no mates bichos, lo lamentable es que dejes sufrir al animal, es lo que único que te he dicho —replica Juan Carlos, menos bravo ya.

—Pues se acabó. Ahora me voy para casa y en diez minutos deja de sufrir, ¿vale? —Ahora Tomás se vuelve hacia Simón—: ¿Te interesa o no? Lo troceo y te lo bajo a la noche.

—Sí, sí, al precio de la última vez, sí —dice Simón.

Tomás extiende de nuevo el plástico sobre el animal agonizante. Antes de que lo haga, Juan Carlos le lanza una última ojeada y ve sus ojos vidriosos, semicerrados, incapaces de distinguir nada. Ya no se aprecia en él ningún temblor.

—Remátalo, no jodas —dice Juan Carlos en voz muy baja, antes de entrar de nuevo al bar.

Simón y Tomás entran poco después. Tomás mantiene el faro apagado entre los dientes. Le da una palmada en el hombro a Juan Carlos y este se revuelve, molesto.

—No te lo tomes así, joder, es un bicho, qué quieres.

Juan Carlos lo mira y no contesta. No cree que sirva de nada darle explicaciones a Tomás.

—Joder, cuando echábamos lejía al río y nos hinchábamos a coger truchas no tenías estos melindres —protesta Tomás, incómodo con el silencio.

—Cóbrame, Simón. Lo de Tomás también —dice Juan Carlos.

—No, no, ya dije que la pagaba yo —replica Tomás.

Simón se cobra. A Juan Carlos su café y a Tomás lo otro, con diplomacia.

—Me marchó, que mañana trabajo —dice Juan Carlos.

—No te enfades, hombre, no te enfades. Ya le dejaré unos filetes a tu madre; de la parte del lomo, que son muy tiernos —le dice Tomás, volviéndose hacia él.

Juan Carlos está a punto de decirle que ni se le ocurra llevarle un solo gramo de esa carne a su madre, pero se calla. Sabe que su madre lo agradecerá, como siempre, más por la visita que por la carne en sí, sabe también que Tomás no ha hecho sufrir al animal de forma voluntaria.

Tomás se queda solo en la barra, Simón al otro lado.

—¡Bah, qué remilgado se ha vuelto! Si no se lo tenía que haber enseñado, ya lo sabía yo. Ahora, bien que le gusta que le lleve cosas a su madre, de eso no se queja —protesta Tomás.

Simón asiente con la cabeza sin decir nada. Su movimiento de cabeza podría significar que está de acuerdo, pero también que no quiere entrar en polémicas. Tomás no insiste. Se gira en la banqueta y vocea a los de la partida: —¿Esa flor qué, hay gananciosos o no? Entramos Fonsi y yo.

Fonsi no despega los ojos de la tele.

Juan Carlos entra en casa dos minutos después. Su madre trastea en la cocina.

—¿Ya vuelves, hijo? Voy a hacer un poco de hígado para la cena —dice, cuando le siente entrar.

—No hagas nada, no me quedo. Me marchó ahora —responde sin entrar a la cocina, de camino a su habitación.

—Vaya por Dios, creí que te quedabas —se lamenta su madre.

Enseguida está listo. Entra en la cocina y ve en los ojos de su madre un poso de desconsuelo que preferiría no saber distinguir. Deja la casa y entra en el coche, después de echar al maletero la bolsa en la que su madre ha metido a la carrera los filetes de hígado más otro par de táperes demasiado grandes llenos hasta arriba. Hace sonar el claxon y acelera. Su madre agita la mano desde el quicio de la puerta hasta que el coche toma la primera curva y la pierde de vista. Al marcharse pasa por delante del mesón. El coche de Tomás sigue allí. Piensa en el corzo agonizante, temblando de miedo y dolor, y siente un gran desánimo. Quiere llegar a la carretera nacional cuanto antes y poner tierra de por medio. Se le agolpan en la cabeza los ojos del corzo, los ojos de su madre diciéndole adiós y entregándole la bolsa con los filetes de hígado crudos, incluso los ojos de las truchas que Tomás y él envenenaban con lejía en la parte alta del río. Se le confunden todos los ojos en la memoria y le acaban pareciendo los mismos, ojos de bichos asustados, bichos muertos o bichos a punto de morir.

Enciende los faros y pone la música alta, muy alta, para ensordecir el vacío que llena el interior del coche. Nadie lo espera en la capital y a pesar de ello siente la imperiosa necesidad de llegar, de prepararse una ensalada fresca y ligera con los ingredientes exactos y en su justa medida, acurrucarse frente al televisor y sintonizar el canal deportivo, sellar su memoria para que no salga de ella todo eso que puebla, vivo o muerto, Trebejo de la Collada.

AZUL, BLANCO Y PLATA

Nadie intentó convencer a Tino el Carrejo de que dejara de sentarse en el banco de piedra adosado al muro de la cuadra. Sí le hicieron comentarios las mujeres al pasar y los hombres al detenerse a echar un cigarro con él, sobre todo acerca del sitio tan poco adecuado que había elegido, porque era más sombrío que soleado y en las tierras húmedas no son esos lugares los recomendables para combatir la artritis y las enfermedades respiratorias, pero esas ligeras reconvenciones apenas duraron unos días. Pronto le quedó claro a todo el mundo que allí había decidido Tino acomodarse cada mañana después de desayunar y cada tarde después de comer, ahora que las piernas ya no le permitían subir al monte a por varas para las alubias o atender en condiciones la huerta familiar.

Allí, en aquella especie de corredor que formaban la pared de su cuadra y el muro de la casa vecina, fumaba Tino sentado en su banca hecha de tres lajas de piedra, dos a manera de patas clavadas en la tierra y una tercera, algo más ancha, como asiento. Nadie sabe qué día exacto decidió convertir en reguño una cajetilla vacía de Ducados y meterla en una juntura entre dos piedras del muro. Nadie sabe tampoco si lo hizo sin más, como un capricho, o si lo hizo con un propósito oculto. Nadie sabrá ya nunca si para él tenía un significado o lo fue tomando luego, aunque es fácil suponer que aunque empezara como capricho tuvo luego por fuerza que cobrar cierto simbolismo, a medida que los azules, platas y blancos de sus paquetes arrugados se fueron imponiendo al tono grisáceo de la piedra. Lo cierto es que para cuando los vecinos se dieron cuenta de lo que Tino hacía con las cajetillas de tabaco acabadas, el muro lucía ya –como

exvotos, como trofeos— un buen montón de ellas. Y los vecinos, curiosos, empezaron a preguntar a Tino por qué hacía eso, comenzando por Julián, el vecino cuyo muro estaba siendo adornado. Tino se encogía de hombros y no contestaba, como si no tuviera la menor importancia lo que él hiciera o dejara de hacer en su sombrío rincón.

En Muriago de Tejas se hicieron pronto a ver a Tino allí, apurando cigarros. Pronto dejaron también de pedirle explicaciones sobre su manía, pese a que desde la carretera, a más de cien metros y sobre todo en los días plomizos de invierno, llamaba la atención aquel punteado de color entre la piedra. Seguramente nadie pensaba ya en los motivos de Tino, porque cuando algo se hace costumbre suele dejar de exigir una explicación. Por esa época ya había renunciado Tino a la partida de flor en el bar de Merceditas y levantaba mucho la voz para hablar con la gente porque estaba perdiendo oído a pasos agigantados. Ocurría a veces que un vecino se llegaba hasta su rincón y lo saludaba, a menos de dos metros de distancia, y Tino seguía con la vista fija en la pared, totalmente absorto. Uno de esos días fue Julián, el vecino, quien se le plantó al lado y lo saludó en voz muy alta para que se enterase. La sorpresa fue que ese día Tino no contestó aquí andamos, o ya ves, o aquí estoy, cualquiera de esas fórmulas que sirven para dar los buenos días o las buenas tardes. No, aquella mañana, como pillado en falta o interrumpido en medio de una crucial tarea, Tino levantó los ojos desmedidamente abiertos hacia su interlocutor, dio una calada profunda al cigarro y, luego de unos segundos en que Julián temió que al hombre le hubiera dado un parálisis, dijo: —Aquí estoy, contando el tiempo.

Tras pronunciar esas palabras, Tino volvió la vista a la pared decorada como si estuviera volviéndola a una pantalla de televisión.

A la noche, tras la partida vespertina en el bar de Merceditas que Julián sí jugaba sin faltar una tarde y donde comentó la respuesta incomprensible de Tino el Carrejo, en las cocinas de Muriago se celebró mucho la ocurrencia.

Algunas frases tienen algo que consigue prender en la memoria de la gente, por motivos a veces muy claros y a veces misteriosos, y aquella contestación de Tino caló en los vecinos como si fuera la mejor explicación para su recogimiento en aquel rincón poco agradable, despreciando otros lugares donde viejos como él aprovechaban el sol para calentarse los huesos y hablar de las cosas de viejos mientras contaban los coches a su paso por la carretera; también, de un modo sutil pero directo, les dio una pista sobre su querencia por el relleno de las junturas con las cajetillas. A partir del día siguiente, cuando pasaban al lado de su banca, de camino a las huertas o a pasear junto al río y él estaba allí, los vecinos de Tino fueron tomando por norma saludarlo siempre de la misma manera, en un tono entre la burla y el cariño primero, y luego, más tarde, en el tono relajado y cansino de la cotidianidad:

—Qué, Carrejo, ¿contando el tiempo?

La última tarde que Tino aún tuvo fuerzas, se acercó a la parte de atrás de la casa, arrugó un paquete vacío y lo incrustó en uno de los pocos huecos libres de la mampostería. Luego pasó unos cuantos días en cama antes de morir, un par de años después de pronunciar por primera vez su famosa frase. Para entonces, la gente de Muriago, cuando descubría a un paisano quieto, con los ojos fijos en una pared o en el monte de enfrente, embebido en sus pensamientos, se dirigía a él para sacarlo de su alelamiento siempre de idéntica forma: qué, ¿contando el tiempo como el Carrejo?

Muy poco después de la muerte de Tino, Julián, su vecino, decidió quitar las vacas, que mantenía por puro romanticismo y hasta perdiendo algo de dinero. Sus hijos aprovecharon para remodelar la cuadra y convertirla en una especie de merendero. Los albañiles que se afanaron con las piquetas para echar abajo la pared enfrentada al rincón de Tino eran forasteros, no les dio por pensar qué podían significar aquellos restos de papel blanco y azul y de papel plata.

GRANDES VUELTAS POR ETAPAS

Hoy es un domingo como cualquier otro y es por eso que, tras desayunar e ir al baño, cuando vuelve al dormitorio para vestirse con la ropa de ciclista, ya se empieza a notar el hormigueo. Como hoy, siempre. Se pone el culote, luego el maillot, baja con las zapatillas en la mano hasta el garaje y ahí, junto a la bicicleta, se sienta en una banqueta baja y se calza. Se coloca el casco, abre la puerta de la calle y allá va: cada domingo de bici es lo mismo, pero él se cansaría de repetir que nunca es igual.

Arranca tranquilo por las calles del pueblo. Le gusta salir temprano, prefiere que el sol le sorprenda ya metido en faena, sin verse obligado a sacar las gafas desde el primer kilómetro. Dos veces levanta la mano –saludo para amigos– y la devuelve al manillar sin perder un segundo, precavido. Otro par de veces levanta apenas la barbilla en su habitual saludo para conocidos.

Unos segundos después de dejar atrás las últimas casas del pueblo, en la recta de San Mateo, anuncia el director de carrera desde su coche que acaba la salida neutralizada y empieza el baile. Al momento, como si estuvieran pagados por la organización, pegan el primer tirón los del equipo del líder y nos ponen en fila india antes de llegar al parque de las Estelas.

Querrán saber cómo anda el patio y habrá sido un agitar el árbol a ver si cae la fruta, pero han levantado el pie muy pronto, en cuanto han llegado a la rotonda del polígono. Lo que no saben ellos –o sí, puede que me hayan pillado el disimulo– es que me ha costado un montón seguir la rueda. Soy de calentar lento, necesito mínimo

una hora de rodaje antes de poder responder a los cambios de ritmo sin sentir que se me vacían las piernas.

Además, para que conste y para que lo recuerde quien tenga mala memoria, me quedé sin equipo en la décima etapa y así sigo y así seguiré, voy a ser el primer corredor —o uno de los primeros— en acabar en solitario una gran vuelta por etapas; y a lo mejor voy a ser... ¡el primero en ganarla sin compañeros!

Seguimos avanzando, envueltos en este sonido de enjambre que arrastramos y que ni sentimos, como no sienten los trenes los que viven en el barrio de la vía.

El pelotón rueda compacto y así seguiremos hasta que muy pronto, dos kilómetros después de rebasar Caldas de Besaya, llegue una curva pronunciada a izquierdas y nos metamos en la comarcal que sube al alto de San Cipriano —¡cuidado, mucho cuidado con ese alto, que tiene una rampa final para hacer mucho daño!— y baja después al valle de Ibio.

“En Herrera, Santa Ana,
San Pantaleón, en Ibio,
en Riaño, San Vitores, ea, resalada
y de Sierra es mi cariño”.

Canta esa estrofa siempre que elige esta ruta; sea en el coche o sea en la bici, a principio o mitad del alto o al coronarlo, pero la acaba cantando. Es consciente de que canta muy mal, por eso la canta de cabeza si va acompañado, pero en la bicicleta, como va solo la inmensa mayoría de las veces, la canta a pleno pulmón. Cualquiera que lo vea pasar pensará este está idiota o qué, está medio loco, muy bien no puede estar si se dedica a recorrer carreteras cantando montañesas.

Después de la copla echada al viento queda de nuevo el silencio, que parece brotar del asfalto; lo único que va a poder oír en la

comarcal desierta es el girar de la cadena, apenas perceptible si la bicicleta está bien engrasada, y, cuando la ruta se empine, su propia respiración. Eso, más los vehículos que pasen en uno u otro sentido y quizá una segadora de peine en un prado cercano o el runfar insidioso de la motosierra viniendo de lo profundo de los eucaliptales.

Esas tres curvas de herradura que se encadenan al principio es donde se puede dejar de rueda al que no marche delante. Los gregarios del líder, perros viejos, lo saben y lo intentan, pero les explico que andan equivocados bajando un piñón y apretando los dientes. Me tiran un poquitín los gemelos, señal de que despiertan los músculos preparándose para lo que venga. Sé además –para eso me estudio en detalle las etapas– que en cuanto dé la última curva cerradísima a derechas tendré a la vista ya la desviación para Cohicillos, y justamente ahí inicia un descanso de casi un kilómetro antes de la parte dura, que es donde se podrían organizar para darme un susto.

Bien pensado, esperarán a hacerlo más adelante. Lo que sí pueden es mandar a alguien de avanzadilla, para tenerlo ya bien situado, pero eso a mí me va a dar igual. Si piensan que mi pretensión es pelear la etapa, están muy equivocados: yo voy a por la victoria grande, si en busca de ese objetivo me veo al final del día con opciones de hacer primero y subir a besar a las azafatas, pues de acuerdo, pero el objetivo es el objetivo: el primer cajón del podio el próximo domingo.

El disfrute es para él eso, empezar a sentir que las piernas quieren pedalear. Si se siente suelto, baja un piñón, o se mantiene si la cuesta se empina; es cuestión de sensaciones y de no aburrirse nunca. Le preguntan eso a veces los compañeros: Chisco, pero ¿no te aburres de tanta bici? ¿Aburrirse? ¿Él? ¿De la bicicleta? ¡Están locos! De la fábrica está aburrido, por eso se va a alegrar un montón si al final se arregla lo de la anticipada para los de 62, aunque sea

perdiendo dinero. ¡Aburrirse en la bicicleta, qué sandez! ¡El gusto que le da el aire en la cara! Se divierte reconociendo las curvas, contando las vacas en los prados del fondo del valle, pensando nada más de vez en cuando en mantener la velocidad, pero sin preocuparse si la pierde un poco; acelera cuando descubre el bajón en el cuentakilómetros y ya está, qué más le da. Así, como quien no quiere la cosa, respirando fuerte pero sin perder el compás, ataca la última curva antes de tener a la vista la fachada de piedra del mesón. Parar hoy se lo prohíbe, tiene mucho por delante.

Hoy toca la parada más allá, la ruta es dura y larga. Un último golpe de pedal y la carretera que llanea un puñado de metros antes de empezar a bajar. Saca el chubasquero de la riñonera y se lo pone casi con prisa, es muy propenso a los catarros.

Se va entreteniendo con casi todo, en carretera siempre hay alguna novedad. Sitios como Villanueva de la Peña, ¿cuántas veces habrá cruzado él por aquí? Por cierto, se dice, está el arcén bastante descuidado, deberían pasarse los del servicio de carreteras a desbrozar, si un camión llega por detrás y el ciclista orillea para dejarle paso, se pone perdido y corre el riesgo de enredar el pie en un matojo y acabar en el suelo. Se queja para sí de lo poco que se cuida a los usuarios de las dos ruedas, luego vienen los duelos cuando nos matamos, se repite.

A lo lejos, una cuadrilla de albañiles subidos en el tejado de una casa que tocará renovar –santo domingo de las chapuzas sin inspectores de trabajo– y ojalá tengan cuidado porque a lo mejor no se ha ido aún de las tejas la humedad de la noche. Los sigue viendo mientras se acerca a ellos, hasta que se los ocultan las casas del cruce. Este cruce sí que es malo, los vehículos que vienen de la izquierda es imposible que vean al ciclista y él a ellos tampoco, si se tiene la mala pata de salir justo cuando dejan atrás la curva, ¡peligro

de muerte! Nada es nuevo, pero todo puede verse desde un punto diferente, nunca se mira igual y hay también cosas que se vieron y se olvidaron: la caseta de un perro aprovechando el hueco de la escalera que lleva a la segunda planta de una vivienda, el tractor aparcado junto a una tapia, alineado con el carro viejo al que nunca arreglarán la rueda rota salvo para llevárselo a un museo etnográfico; detalles que le despiertan pensamientos que olvida en cuanto le saltan a la vista otras imágenes, que le hacen reparar en otros detalles, que a su vez lo abocan a nuevos pensamientos que con las mismas se le van de la cabeza como si tuvieran vida propia, como si anduvieran por el aire para ir entrando y saliendo de las cabezas de las personas –quizá únicamente de las cabezas de la gente que se mueve despacio, a pie o en bicicleta–, para luego suspenderse en el aire como se suspenden los cernícalos, a la espera de su siguiente presa.

Atraviesa Cos y atraviesa Mazcuerras-Luzmela. Se cruza con algunos paisanos que van a sus tareas de la huerta o del ganado y se detienen al borde de la carretera hasta que él pasa. Lo miran como se mira lo desconocido, con una mezcla de desprecio y de extrañamiento, como si estuvieran viendo a un aparecido y no a un ciclista, pero a la vez como si ellos se hubieran convertido también en fantasmas por contacto con él, y también la carretera y el pueblo entero y hasta el paisaje verde de la falda del monte, todo fantasmagórico hasta que se desvanezca carretera adelante el elemento extraño causante del embrujo, a esta hora de la mañana en la que todavía están por llegar los domingueros y ya pasaron los coches de los amantes de la montaña. Es como si el pueblo lo inventara él al cruzarlo. Si ahora que rebasa el cartel que anuncia el fin de Mazcuerras, girara la cabeza para mirar atrás, vería tan solo carretera, prados y árboles, ni rastro de la población.

Puente de Santa Lucía, queda llano todavía y aquí está todo tan quieto como antes de una tormenta. Me fío lo justito del líder y

aún menos de los que me andan cerca en la general. Creo que van a esperar, que estos kilómetros llanos van a discurrir así, tranquilos; si acaso habrá un salto para llevarse la meta volante o para chupar un poco de cámara, aunque bien podría también decidir el líder mandar a alguno por delante para que lo espere a mitad de puerto. Yo ya he decidido no responder a ninguna provocación en este llano, mantenerme muy cerquita del maillot amarillo y esperar mi momento. El ataque que me importa es el mío propio y en estos kilómetros de calma chicha intentaré ahorrar todas las fuerzas que pueda.

Será otro cantar en el puerto, allí me será más difícil quedarme tan tranquilo, bien que lo sé. Sí, el líder es solamente uno, pero ¿y los otros clasificados hasta mi quinto puesto? ¿Son cojos? ¿Se conforman con la posición que ocupan? Allí arriba, cuando vayamos muy justos, será la ley del más fuerte, pero hasta entonces aún caben las estrategias y yo me quedé sin peones para esta tercera semana. Estoy solo, qué sé yo cómo voy a responder. Ahora, cuando me hago a un lado para que me adelanten los que van a disputarse la meta volante que han colocado en Valle, empiezo a pensar en cuántos ataques podré parar, en cuántas trampas me tendrán preparadas. Los cinco primeros estamos en una horquilla de minuto y medio y el cuarto comparte equipo con el líder. Si salta ese cuarto, ¿qué hago, lo dejo marchar? ¿Y dejar marcharse al tercero, que circula ahora a mi derecha bien acompañado por dos de los suyos? Otra complicación. Al segundo, que sube bien, lo tengo ahora justamente delante, junto a su hombre de confianza, que se exprimirá sobre la bicicleta antes de hacerse a un lado.

Me va a costar sudor y sangre, y si me ciego por ganar tendré muchas papeletas para quedarme sin nada.

Recorrer Cabuérniga le agrada. Le gusta llevar a un costado la sierra del Escudo, oscura, casi negra, que contrasta con la pie-

dra clara de las casas y el verde intenso de los prados. Camino del puerto –se recuerda–, cada vez habrá menos casas y más monte. Así avanza, con la carretera amenazando ya con empinarse del todo, pero dejando todavía margen para la ligereza, como él la llama, esa que le permite incluir durante el pedaleo el despliegue mental de sus proyectos, entre los que destaca uno muy por encima de todos que nombra de modo conciso: lo de Bilbao. La ruta es ambiciosa, Los Corrales-Bilbao pero por Sencillo, es decir, subiendo las Hoces del Besaya, que tienen sus rampas, para luego bordear el pantano del Ebro y enfilarse hacia Bilbao por Espinosa y Villasana, hacer la entrada en Vizcaya por Valmaseda y acabar exactamente en Portugalete, donde vive el hijo con su mujer y con la nieta, que es en realidad el objetivo del viaje, la ilusión que guarda aún en secreto: llegar en bicicleta hasta la nieta. En su mente se ha ido formando esa ruta como de acción de gracias por la salud de la criatura, o quizá de conjuro –que él no es de iglesia– por el bienestar futuro de la chiquilla. Puede ser también que algo haya de cuenta atrás, de ahora que todavía es tiempo, de urgencia, pero eso evita pensarlo, como si diera calambre. Tiene que hacer esa etapa, la debe hacer.

Se le ensombrece un poco el gesto al volver sobre ciertos detalles a los que ha dado ya muchas vueltas: más que los 170 kilómetros de carretera, que reconoce que se le pueden hacer muy largos e incluso atragantársele del todo y obligarlo al abandono, lo que le afecta el ánimo es la logística del regreso, porque su mujer carece de permiso de conducir y por tanto tendría que ir su hijo a llevarlo después, pero no querría su mujer perderse la visita a la nieta, y entonces haría falta llevar el coche suyo desde el pueblo, pero pedirle a su hijo que se haga un trayecto en autobús sería mucho pedirle, que también tiene sus obligaciones... Así, entre cálculos de posibilidades, deja atrás el cruce a Bárcena Mayor y así continúa hacia Saja, donde parará para comer su obligado pincho de tortilla, ¡el hambre que da la bicicleta!

Va llegando. Frena con suavidad y echa pie a tierra con mucha precaución, como a cámara lenta, por las rodillas. Andando no molestan, pero a los pocos kilómetros de pedaleo algo ocurre en la articulación y luego, cuando desmonta, el dolor le impide extenderlas. Muy despacio y bastante esparrancado se dirige a la puerta tras apoyar la bicicleta contra la fachada de La Florida sin molestarse en candarla, nadie viene hasta tan lejos a robar bicicletas. Aunque el sol ya da en la banca a un costado de la entrada, le llevará un buen rato calentar la piedra y decide que dentro estará mejor.

¡Esto no se paga con dinero! Si tuviera tiempo y piernas, vendría aquí cada día sin lluvia a desayunar un pincho de tortilla. Si tuviera tiempo, ha pensado, y tiempo le va a sobrar, en proporción inversa a las piernas, si sale lo de la jubilación anticipada.

Hablan el dueño del bar y un paisano de algo que han contado en la tele y él no interviene, ocupado en comer. A medias atiende a la conversación y a medias atiende a sus cosas. Habría querido su mujer subir a Mataporquera a ver a la hermana y a él le agrada ir al bar con los cuñados a tomar el blanco antes de la comida, pero ayer sábado llovió sin parar. Él está de acuerdo en cambiar de día y salir el sábado si su mujer quiere ir a Mataporquera o a ver a la nieta a Portugalete, pero ya saben ella y el resto de interesados que la salida ciclista tiene prioridad; es decir, que si el sábado llueve, no hay cambio posible y él sale el domingo. Aun así, teniéndolo ya hablado de otras veces —y acordado, según él—, sabe que su mujer estará de poco humor cuando regrese y prefiere quitárselo de la cabeza. Se acaba el pincho y entonces sí entra un poco en conversación para no parecer mudo y asiente cuando le preguntan si va a subir hasta arriba, ya lo conocen de muchas ocasiones.

Le da el último trago al café con leche, paga y pide que le llenen el bidón.

Orina en el baño para no tener que apearse en la cuneta dentro de un rato y vuelve a las dos ruedas con la determinación de los ciclistas solitarios y la máxima basada en las leyes de la física: cuanto antes se empieza a subir, antes se llega arriba.

Aquí ya puede ser cada decisión la definitiva, me lo repito. El puerto es largo pero tendido, justamente por eso tendré que vigilar cada intento, porque a quien consiga abrir hueco, como luego no hay rampas que atraquen, le pueden crecer alas. Yo soy fuerte de cabeza, a lo que tengo miedo es a que me salten varios de forma escalonada, hasta reventarme; que metan ritmo me viene bien porque no hay rampas de esas en las que la bici se encabrita y se pone de manos. Esas rampas de los puertos que se han inventado en los últimos años asfaltando pistas para el ganado o antiguos caminos militares, pensando en las audiencias televisivas.

Se ponen en cabeza los hombres del líder y meten un ritmo que puedo seguir. Hala, que pasen los kilómetros. Si son otros los que intentan dinamitar la carrera, pues ya tendré que improvisar, pero si llegamos juntos a 8 kilómetros de la cima, me voy a marchar yo. Tiraré de riñón para abrir hueco, habrá que aguantar los pinchazos en las piernas y boquear buscando aire; después, con el hueco hecho, seguir a un ritmo alto, para ganarles tres, cuatro segundos por kilómetro, como al descuido; de ahí al final es todo un 5% de media, muy regular. Se puede hacer, con unos minutos que pierdan en organizarse... Arriba, periódico que me dé algún aficionado, chubasquero si cae agua y a tumba abierta hacia Espinilla, que esos seis kilómetros de descenso son los que más confianza y ánimo me dan: me tocará rozar en alguna curva los estacados de los prados, pero les costará a ellos organizar la caza mucho más que si fuera llano. La técnica para el descenso se entrena, pero los huecos que hay que echarle para comerle terreno a un corredor decidido ni se entrenan ni se pueden organizar.

Ligero ascenso, bidones llenos cuyo peso cree notar. Dos barritas energéticas en el maillot y un par de kilómetros para coger cadencia antes de empezar la parte central de la subida. Se acabaron los pueblos y aldeas, ahora el entretenimiento será el bosque magnífico a un lado y la compañía se la darán los hitos kilométricos, que tardarán en aparecer siempre más de lo que él quisiera.

Es ahora, cuando se ha quedado solo y apenas se cruzará ya con algún vehículo, cuando se siente explorador, la avanzadilla de un grupo de pioneros, sin saber qué habrá tras la siguiente curva sin visibilidad. Y quizá, con algo de suerte, cruzará un corzo a saltitos la carretera, o una familia de jabalíes con el morro apuntando al suelo y moviéndose como coches teledirigidos; o un tejón despistado como ya le ocurrió una vez en este mismo puerto. Y lo verá todo con esa mirada extraña y penetrante que da el estar consumiendo demasiado oxígeno.

Y sentirá, a cada curva de herradura enfrentada y vencida, que merece la pena el esfuerzo, aunque le falten palabras para explicarlo; y también tras cada curva sentirá la emoción de saber hacia dónde va, algo que tampoco es capaz de explicar, pero que le ocurre únicamente cuando la carretera se empina y se vuelven inversamente proporcionales la velocidad de los latidos de su corazón y la velocidad de su desplazamiento. Y tendrá la certeza de que lo más real es en ocasiones aquello que le resulta imposible explicar.

Se me han marchado cuando menos lo esperaba. Más de 12 kilómetros quedan para coronar según mis cuentas y ya los he perdido de vista. Sí, el puerto tiene curvas muy cerradas, pueden estar a 250 metros, pero es que no oigo los coches, ni el del director de carrera ni los de sus equipos; quizá los vea un poco más adelante, donde la carretera se endereza un poco. Si no los veo ahí a la vuelta, ya puedo darlo todo por perdido.

¿Cómo ha llegado esta pájara salvaje? He comido bien, he bebido, notaba las piernas fuertes... Y estos –el líder, el tercero y otros cinco elementos– parece que han olido mi debilidad antes de que yo me percatara. Han hecho el cambio saliendo de una curva hacia fuera y me han sorprendido por lo lejano del ataque, pero la sorpresa más grande me la he dado yo mismo: a los pocos metros de ponerme de pie para impedir que abrieran hueco, plof, adiós fuerzas. Las pájaras ni son oportunas ni se ven venir, por eso son pájaras.

Me toca aguantar hasta que pase, sin perder del todo el fuelle pero sin dejar de exigirme, de lo contrario corro el riesgo de perderlo todo; bajar desarrollo para no ir demasiado trancado, pero evitar ponérmelo muy fácil, porque entonces voy a llegar para cuando hayan desmontado la etapa. Así voy a ir, sin fijarme en si me adelantan muchos o pocos, ahora lo que debo hacer es recuperar fuerzas y tener paciencia hasta encontrar mi golpe de pedal; una vez hecho eso, ya será momento de buscar alguna rueda que seguir para ir subiendo un poco protegido y pensar después en cosas más importantes.

¡Y menos mal que este puerto es tendido, aún estoy vivo!

Ahora sí, tras esta curva la ladera es menos quebrada y puedo ver los colores chillones de los coches, ahí delante están. Bueno, andan lejos, pero más se perdió en Cuba. A lo mejor no marchan tan bien avenidos, el tercero querrá ser segundo, sin duda, pero al líder a lo mejor le parece bien ir ahí, cómodo, que sea el otro el que gaste o el que proponga o el que tire para arriba. Yo, de ser él, tampoco iría alterado, tiene dos escuderos al lado y el tercero en la general no le llega a la suela de los zapatos en las cronometradas, así que habrá decidido que se remanguen otros. ¡Ay, si te pillara yo en la contrarreloj del viernes con un tiempo parejo! Pero para eso tengo que salir de esta y tengo que salir solo, por detrás parece que ya no viene nadie después de los 12 o 15 elementos que me han pasado. Que sí, que es así, me está costando subir, no he sido nunca un gran escalador, ni

rodador tampoco, ya que estamos. Soy un pedaleador, eso es lo que soy yo, un ciclista que muere dándole al pedal como aquellos de la película que murieron con las botas puestas.

Cuesta, claro que cuesta, por eso es un puerto, se dice. Le llama la atención cómo se olvidan el esfuerzo y la falta de aire, el mirar hacia delante y ver la curva y volver a mirar tras unos segundos y sentir una punzada de desesperación al comprobar que no se ha avanzado apenas. Sabe que esta vez volverá a olvidarlo, seguramente lo tendrá ya olvidado cuando se siente a la mesa de la cocina y se sirva un chiquito de cosechero y siga distraído los movimientos de su mujer mientras prepara la cena, sintiendo con cierto placer el dolor en las piernas cargadas por el esfuerzo. Y si se queda dormido con la cabeza apoyada en la pared —al runrún del tenedor batiendo un par de huevos o del aceite de las patatas chisporroteando en la sartén— y le despierta su mujer con eso de Chisco, son las ocho y te duermes, tú estás baldado, le volverá a decir que estaba simplemente descansando la vista, agotada de tanto asfalto.

Será después, ahora se encuentra inmerso en el esfuerzo, tampoco es que le sobre tiempo como para irse fijando en el paisaje. Se compadece mal la contemplación de la naturaleza con el apretar de nalgas y de brazos y la tensión en la espalda y en los riñones que implica un puerto de este calibre; si solamente hubiera que forzar las piernas podría subir hasta viendo la tele, pero esto no es la estática ni el rodillo, se dice cuando levanta la vista un momento para otear el horizonte, no, señores, esto es la bicicleta y a ratos toca llevar la vista fija en la rueda delantera y en el paso regular de las rodillas cerca del manillar, y dejar de pensar en el resto de la carretera, en el paisaje y hasta en la vida más allá.

Quizá sea lo más atractivo para él, ese mundo suspendido mientras pedalea, pero esto también queda pospuesto para ser pen-

sado cuando deje de arderle la tráquea de tanto hacer pasar aire por ella, entrando y saliendo a toda velocidad de los pulmones; ahora lo que toca es alegrarse tras dejar atrás un nuevo mojón.

Estáis tontos si pensáis que bajaré los brazos, yo solamente bajo escaleras, y en la bici, montañas. No, una cosa es que me esté costando alcanzarlos, que acabe fracasando, y otra muy distinta que lo vaya a dar por imposible.

El segundo sí, ese ha claudicado, pero porque debía de tener un problema serio, cuando me giré para recriminarle la falta de relevos me indicó con un gesto que me podía ir olvidando de él.

Y me olvidé, cuando volví a echar la vista atrás ya estaba lejos. Habremos ido juntos como mucho dos kilómetros, ya pensé al alcanzarlo que sobrado no podía ir. Marcho solo, creo que aún me quedan por delante tres corredores sin contar al grupo del líder y le he dicho al director que me ahorre detalles, únicamente quiero saber la diferencia con la cabeza: 1,20.

Ni mucho ni poco, pero no recorto, solamente mantengo, aunque visto el calvario que he pasado ahí atrás, que es que me vi hasta entrando fuera de control, pues me puedo dar con un canto en los dientes. Y los boqueos desesperados de pez fuera del agua han dado paso a un respirar más acompasado, muy rápido, que sí, que voy medio asfixiado, pero rítmico.

Quitarles tiempo va a ser demasiado, pero si mantengo una buena cadencia y llego un poco fresco arriba, habrá que ver también cómo están ellos y qué quiere el líder: si él manda a los suyos levantar el pie, ¡cuidadito conmigo, ojo, cuidado!, que me puedo venir arriba, ya lo dije antes y lo repito: soy un pedaleador.

Ha subido más lento de lo que pensaba y llega con pocas fuerzas a coronar: 1.260 metros señala el cartel, se le había olvidado la altura exacta.

Palombera engaña con eso de que no tiene rampas duras, o más bien se engaña él siempre con Palombera, calculando la subida a un ritmo de cuando tenía los 40 años que pasaron hace mucho tiempo. Además, y eso nunca ha sido autoengaño sino despiste, cuando elige esta ruta olvida computar los kilómetros entre el alto de San Cipriano y el puerto, que son más de 20, lo que supone cerca de una hora a añadir a cualquier horario previsto.

Hoy eso significa que la parada en Espinilla para tomar un reconstituyente café, que tanto le gustaría y que tan bien le podría venir, se la va a tener que saltar, porque tiene 20 minutos para hacer los 8 kilómetros que faltan a Reinosa. El siguiente tren pasará en tres horas. Conoce su cuerpo y sabe que tres horas quieto en un banco de la estación o en la silla de algún bar –para el caso es lo mismo hoy que no hace frío– después de semejante esfuerzo se le harían eternos y correría el riesgo de enfriarse. La única opción sensata es gastar las últimas fuerzas en llegar al regional exprés, y si una vez en el vagón le da un vahído, pues que sea de camino a casa.

Llegué arriba con los mismos exactos 1,20 perdidos que me metieron de principio, eso significa que la colaboración entre ellos ha sido más bien escasa. Llegaba tocado de moral, pero la gente, que se arremolinaba en el último kilómetro en el medio de la carretera y apenas me dejaba espacio para pasar, me animó de tal forma que me vine arriba. “Venga, Gandiaga, que los tienes ahí, que los pillas”, me dijo uno, con tanta convicción en la voz, tan seguro, que antes de cruzar el cartel del premio de la montaña anunciando el fin del puerto ya tenía listo el dedo para meter el 54/11 y hacerme los ocho kilómetros hasta Reinosa igual que si se tratara de una contrarreloj, dándolo todo como si mañana fuera día de descanso.

¡Ay, qué largo se está haciendo! Porque las distancias se estiran cuando las fuerzas faltan y este desarrollo hay que estar muy fuerte

para moverlo con soltura. El terreno es favorable, ligero descenso y no mucha curva, lo que falla es el factor humano, que soy yo. Seguiré porque soy un pedaleador, únicamente por eso voy a seguir.

Ahí llega la desviación para Fontibre, queda algo así como la mitad, se me va a hacer eterno y me duelen mucho las piernas. El dolor cuando se pedalea por llano es un poco diferente al dolor de cuando se va hacia arriba, pero el resultado es el mismo: el cuerpo tiende a protegerse y las piernas intentan aflojar el ritmo, cosa que ahora no les puedo permitir. Ya casi ni me importa restarles tiempo, lo que quiero es que sepan que estoy aquí, que voy a seguir dando guerra. Pienso llegar, además, fingiendo la frescura que no tengo. Quiero que me vean sus directores y sus mecánicos, también la prensa especializada, para estupendo yo, que lo diga también el *speaker* por megafonía: “Ahí está Gandiaga, acabando con mucha fuerza, perfectamente recuperado de su desfallecimiento a mitad de puerto y que apenas ha perdido opciones en esta agitada etapa de montaña que...”.

Sí, que lo diga el *speaker* para que se entere el líder, aún estará refrescándose antes de que lo lleven al set de televisión. Que lo escuche y que no deje de preocuparse, porque mañana seguiremos dando guerra.

Le despierta el revisor, que pasó a comprobar su billete al poco de salir de Reinosa y le comenta que ya lo vio un poco descompuesto y sospechó que se podía dormir, lo que ha acabado pasando. Lo ha despertado con el tren detenido en la estación, metiéndole prisa, y él se aturulla un poco al ir a bajar la bici, la golpea contra una de las barras verticales de la plataforma intervagones y se trastasbilla al poner el pie en el andén.

No he debido de llegar despierto ni al primer túnel, se dice, aún aturdido y caminando con dificultad. Una vez terminado el andén, tras un par de escalones que lo separan de la carretera, se sube a la bicicleta para pedalear hasta casa.

El pueblo está como muerto a esa hora de sobremesa dominical y avanza despacio, con deseos de llegar pero ninguna gana de hacer el más mínimo esfuerzo. Como él diría en su escala de medición de cansancio, está bastante maduro. Muy cerca ya de casa, antes de la última curva, un vecino que mete bultos en el maletero de un coche se interrumpe al descubrirlo y le habla, unos metros antes de que llegue a su altura: Chisco, no paras, eh, una frase que es una manera de saludar al mismo tiempo que es constatación de un hecho, con la misma entonación con que podría haberse referido a la lluvia, de estar lloviendo, o al sol, de estar brillando el sol.

Y él, Chisco Gandiaga, cicloturista solitario, pedaleador imaginario de grandes vueltas por etapas, levanta la barbilla en su habitual saludo para conocidos y ni se plantea malgastar un minuto en explicarle a nadie que ha estado a punto de perderlo todo por culpa del hombre del mazo, y que se ha recuperado y ha subido dos puestos en la general y veremos si no acaba dando la campanada en la siguiente etapa, y que a punto –porque Palombera engaña– pero a punto ha estado de no llegar al regional exprés de las 15.40, lo que le habría acarreado muy posiblemente un catarro cojonudo y, con mala suerte, una pulmonía, tan puñeteras como son de curar a medida que se van cumpliendo años.

Ay, Chisco –se dice al apearse con dificultad de la bicicleta frente a la puerta del garaje, las rodillas tiesas–, te van a sobrar días y te van a faltar piernas.

FORAMONTANO

De vuelta a casa, se pregunta cómo se atrevió a aceptar la invitación para pasar los días de Semana Santa en el pueblo de su amigo –sin procesiones, tranquila, no hay tradición, apenas lo notarás–, aun sospechando como sospechaba lo que finalmente ha ocurrido: el agobio intenso al poco de llegar, el deseo insistente de huir sin despedirse, el consecuente adelanto del regreso al sábado. Minivaciones lamentables que le han dejado la certeza ya definitiva de que los pueblos no son para ella. Harta de las bondades del lugar cantadas sin desmayo por su amigo, de los paseos desestresantes, de las comidas imposibles de digerir, de la amabilidad de familiares y conocidos –tan preguntones, tan previsibles– y del no saber dónde esconderse por las tardes, en los ratos interminables de bar, pasándose de copas para fingir cierta alegría y mostrar algo de interés, entre bromas absurdas e insinuaciones palurdas de donjuanes patéticos que ella creía extinguidos. ¿Pilas cargadas? ¡Bah, por favor!

Ahora, para colmo, llueve, mientras se pregunta cómo pueden aguantar los seres humanos en esos lugares, día tras día, tarde tras tarde, sabiendo qué cara van a ver al doblar cada esquina y qué rostro se asomará a cada ventana, entre visillos o a pecho descubierto. ¿Cómo se puede vivir tan a la intemperie?

Ella es de donde las cosas importantes son cotidianas; donde, cada día, hiperactivos equipos de rodaje filman series de éxito que se verán en la televisión; donde los famosos pueden ser tu propio vecino o compartir la barra del bar, esperar turno detrás de ti en la cola de un súper o de un probador; donde los turistas invaden los edificios de viviendas. Allí sí parece estar la vida en movimiento, ser

cierta, no una película que se programa una y otra vez como en cine de sesión continua.

Hace frío fuera, dichoso tiempo cambiante de abril, ha tenido que subir la calefacción. Recorre kilómetros sin prestar ninguna atención a los carteles que de tanto en tanto indican poblaciones a derecha e izquierda.

Lugares como ese que abandonó hace apenas una hora, con su plaza mayor albergando el ayuntamiento, la sucursal de la caja de ahorros y, bajo los soportales, los dos bares que atienden a todos los públicos y las noches del fin de semana suben el volumen de las listas de Spotify, retiran las sillas y se convierten en locales de marcha. ¡Qué marcha ni qué marcha, no me digas tonterías! Qué palabra tan gastada, además, exclama para nadie. Aún no se le diluyó el mal humor.

De repente, a un ¡bum! que le hace dar un pequeño saltito en el asiento siguen varios segundos de un pffffff constante. Le cuesta controlar el volante mientras reduce drásticamente la velocidad. ¿Qué sucede? ¿Un reventón? ¡Solo faltaba esto para completar el cuadro, en mitad de semejante nada! Justo al sentir el aire escaparse del neumático ha recordado que la rueda de repuesto lleva meses pinchada. ¿Ahora qué? Orilla el vehículo y lo detiene, se apea y se lastima el pie al arrearle una patada a la rueda culpable. Mira hacia los lados cincuenta veces y piensa en llamar a su amigo para que la rescate, pero recuerda al momento que él tenía pensado subir al monte con su primo nada más irse ella, a echarle un ojo a unas ovejas o unas cabras o algo así dijo, ya no estará en casa. Se sujeta el pelo en una coleta preparándose para poner manos a la obra y al momento se llama idiota por hacerlo: ¿qué manos a la obra voy a poner si no tengo otra rueda? Mira de nuevo a los lados: ni un alma, por supuesto, quién demonios va a pasar por aquí en mitad de una tarde lluviosa de sábado, se dice con rabia.

Se está empapando y vuelve al coche. Duda entre llamar a la policía o a un servicio de grúa, enciende otro cigarro mientras va poniéndose más nerviosa y de peor humor. Tira el móvil al asiento del copiloto, el móvil rebota y se desarma al chocar contra la puerta. Al inclinarse para recuperar la carcasa, se le cae la brasa del cigarro en el asiento y hace un pequeño agujero en la tapicería antes de darse cuenta y apagarla a manotazos. Con esfuerzo, recompone el móvil. Piensa de nuevo en qué número marcar para pedir ayuda, nunca ha estado en una situación así, pero supone que puede llamar a la policía. Abre la ventanilla para que se vaya el humo del cubículo, pero la lluvia y el aire frío se cuelan dentro y tiene que subirla. El móvil, aunque el golpe no ha sido demasiado fuerte, no funciona. ¡Mierda, parece una película de psicópatas en la América profunda, siempre empiezan con tonterías así! A lo lejos, forzando la vista, descubre a un costado de la carretera la pizarra negra de unos tejados entre las copas de los árboles. ¿Qué distancia habrá hasta allí, un kilómetro, dos?, se pregunta. Nunca le ha hecho falta calcular distancias e ignora cómo hacerlo. Le duele el dedo gordo del pie por la patada que le pegó al neumático.

Dos cigarros después, sin que haya pasado ni un solo coche ni haya dejado de caer la lluvia, decide dirigirse hacia esos tejados. Allí encontrará a alguien que le permita llamar a un taxi; quizá, con suerte, incluso un manitas capaz de reparar un pinchazo. Nada le apetece menos que hablar con desconocidos, repetir explicaciones y pedir favores: aún recuerda a los paisanos de su amigo. Pagaría mucho dinero por estar en casa, arrebujada en una manta frente al televisor, con una copa de buen vino en la mano.

¡Puto campo, a quién le puede gustar vivir lejos de todo! Continúa lloviendo y ni siquiera ha encontrado bajo los asientos una bolsa de plástico o una revista vieja para cubrirse la cabeza. Se moja. La lluvia es fría, incómoda, suerte que no están lejos esos tejados

negros. Le duele el dedo gordo al caminar. ¡Sería lo último ya, romperme un dedo! Diez, doce casas, no ve más ni tiene la impresión de que tras ellas haya otras. Un letrado en el cruce le ha indicado que se encuentra en Foramontano, pero ella se dice con sarcasmo que semejante despliegue de humanidad no merece un nombre de tanta letra. Avanza por la calle bacheada hacia el primer grupo de casas, tres, justo donde la calle gira hacia la izquierda para acceder al resto del caserío. Al fondo, por encima de las pizarras, la espadaña en piedra de una iglesia le hace imaginar la noche en ese pueblo, lo aterrador que podría llegar a ser sin compañía: un amago de escalofrío le anuncia que la aprensión comienza a sustituir al mal humor.

No hay nadie en la primera casa ni en la segunda. Puede ver por encima de los portones las ventanas cerradas, comprobar la ausencia de movimiento.

Alcanza la tercera vivienda y al asomarse por encima del muro que la rodea, sus ojos se topan de frente con los de una niña de pocos años, que la miran muy abiertos, sorprendidos, desde el soportal con arcos de la vivienda.

—Hola —dice la niña.

—Hola —contesta ella, de repente en blanco, sin saber qué decir, por dónde empezar a explicar su historia y si es a la niña a quien debe contársela.

—¿Estás sola? —le pregunta para ganar tiempo, sus manos apoyadas en la pared que le llega al pecho.

—No, está mi madre dentro —dice la niña, sin dejar de sujetar una manguera de color amarillo con la que llena de agua un cacharro de latón.

—¿Y la puedes llamar? —dice ella. La pregunta sobra, porque una mujer de unos cuarenta años asoma en esos momentos por la puerta de la casa, secándose las manos en el delantal.

—Hola, ¿buscas a alguien? Ana, ábrele la puerta a la chica.

Diez minutos después está sentada en una bancada de madera, refugiada en el sombrío soportal de piedra, con un café entre las manos. Ana, la niña, le ha puesto el agua a la gata, que ahora da de mamar tendida en el interior de una cesta de mimbre a unos gatitos que se suben unos encima de otros y se empujan, porfiando por la mejor posición para mamar de su madre.

—Les gusta mucho, ¿no?

—¡Uf, muchísimo! —le contesta Ana, que habla —o eso le parece a ella— como una persona mayor.

—¿Y tienes más animales?

—Sí, tengo patos, el otro día nacieron cuatro nuevos; y las gallinas; y las ovejas de mi padre; y los perros, Nano y Fiera, que ahora están con mi padre también, cuidando las ovejas. Y en el gallinero viejo que está detrás de la casa hay una lechuza, pero esa no es mía, esa es libre.

La mujer le ha explicado que el taxista de Lecanda hoy no trabaja porque tiene boda, que le conviene más aguardar a que su marido regrese y le arregle el pinchazo que pedir un taxi a Carranza, distante cuarenta kilómetros, o llamar a una grúa, porque supondrá un dineral cualquiera de las dos soluciones y no merece la pena. Antes de que ella pudiera decir que no le importaba el dinero, que quería marcharse de allí cuanto antes, la mujer ya le había traído una toalla para secarse el pelo y le había preguntado con cuánta azúcar quería el café.

Ahora no llueve y se ha despejado un poco el cielo, tiene enfrente una línea de sierra que luce un verde intenso, como pintado, y Ana le ha dicho que va a traer un pato pequeño para que lo coja en las manos, porque da gusto notarlos tan pequeños y tan calientes. Se siente un poquito cansada ya de inventarse preguntas infantiles, nunca le han gustado los niños.

—Y si le pones el dedo aquí, le oyes el corazón —le explica la niña—: Ves, ves —le repite, alzando la voz cuando ella acierta a notar

el leve pero inconfundible latido y sonrío, ligeramente orgullosa por haberlo encontrado pero a la par deseosa de que Ana le quite el bicho de la mano y entienda que los animales no le importan ni mucho ni poco.

—Luego, después de que te arregle mi padre el pinchazo, nos vamos a ir a cenar a donde mis primos.

—¿Dónde viven ellos?

—En Bustos, a veinte kilómetros. Si vas a la capital, verás el cartel.

—Sí, voy a la capital, así que ya me fijaré —contesta, pero ni sabe a qué capital se refiere la niña; quizá sea la de la provincia y ella ni siquiera sabe en qué provincia está, tampoco le prestó atención a los carteles de la carretera. No recuerda si eran tres o cuatro provincias las que debía atravesar para llegar al pueblo de su amigo.

—En donde tú vives no se pueden tener patos ni ovejas, ¿verdad?

—No, salvo que tengas una casa en las afueras. Si vives en piso, a lo mejor puedes tener un gato o un perro, pero nada más.

—¡Pues vaya aburrimiento!

—Sí, puede ser aburrido —contesta, pensando justamente lo contrario, que preferiría la muerte antes que vivir como la niña.

Así, envueltas en una charla mantenida por Ana, pasa la media hora escasa que tarda el padre en regresar. De la parte de atrás de la casa llegan unos ladridos y Ana exclama ahora vuelvo, ya está ahí mi padre, antes de echar a correr. La madre sale para anunciarle que su marido está de vuelta y enseguida se pondrá a la tarea con el pinchazo. Se fija en ella cuando se aleja a paso rápido hacia la parte de atrás, una figura bonita y unos andares elegantes, ¡qué desperdicio! Diez minutos después, camina junto a Ana y su padre hacia el coche aparcado junto a la carretera. Hablan poco; es Ana, que ya ha cogido confianza, la que más habla: de los nombres de los montes, de otras

personas que han necesitado ayuda alguna vez, de sus primos, de sus amigos del colegio... El padre arregla el pinchazo en un rato, sin decir nada. Sube y baja el coche con el gato como si estuviera abriendo una lata de sardinas. Luego ella acerca al padre y la hija hasta la casa, aunque tiene la impresión de que él habría preferido regresar andando y perderla de vista.

Intenta pagar dinero por la ayuda y el no cortante del hombre le hace arrepentirse al instante de haberlo intentado.

Entra con el padre y la hija de nuevo hasta el soportal y la madre sale de la casa, secándose las manos en el delantal del mismo modo enérgico que la primera vez. Entonces da las gracias y pide la dirección exacta de la casa, para poder enviarle un detalle a Ana. Eso sí se lo concede la madre, encogiéndose de hombros con una sonrisa. Le parece que al padre, apoyado con una mano en uno de los arcos de piedra, no le hace ninguna gracia el ofrecimiento.

La niña, con los ojos brillantes, le dice que unas postales, que a ella lo que más le gusta son las postales, sobre todo si son de monumentos, y entonces la madre le ruega entre risas que no se le ocurra mandárselas de un lugar muy lejano, porque luego se empecina en ir a conocer el sitio de verdad y hay que llevarla sea como sea. Ella encuentra totalmente comprensible ese deseo; en un lugar así, ¿cómo no desear postales, cómo no soñar con ir a otros sitios!

—Pues de mi ciudad —propone.

—¡Sí, que tengo pocas! —exclama Ana.

En el coche, bajando en primera velocidad la pequeña cuesta hasta la carretera, ve en el retrovisor a Ana diciéndole adiós con la mano, descendiendo al trote detrás de ella con una sonrisa en la boca, y siente un poco de vergüenza ajena por el exceso de alegría, de felicidad se atrevería a decir, de la niña. La madre da pasos lentos hacia su hija. Más lejos en el retrovisor, con las dos manos sujetando la portilla enrejada de la entrada, el padre se le antoja capaz de

matarla con sus propias manos, con el mismo escaso esfuerzo con el que le ha visto desmontar la rueda del vehículo y volverla a montar.

Todavía le lleva unas horas llegar a la comodidad de su sofá, en la ciudad gigante llena de todo lo imaginable. En esas horas piensa en la niña a ratos, en su entusiasmo y en las ganas de hablar de su mundo tan limitado, en lo agotador de sus explicaciones. Piensa también en el padre, uf, qué medito, quita, quita, tan gañán, tan, tan, tan... sí, eso es, tan... ¡rural!

Agotada, se mete en la cama sin cenar ni ducharse y, de tan exhausta, tarda en dormirse. Sigue doliéndole el dedo gordo del pie, quizá más que antes. Ana —no podía ser de otra manera— acaba haciendo de ovejas que saltan la valla: Ana y sus patos, Ana y sus gatitos, Ana y su lechuga que no es suya porque es libre, Ana y sus perros Nano y Fiera, Ana y sus primos de Bustos, Ana y sus postales de monumentos, Ana y, finalmente, su mirada llena de estúpida ilusión bajando detrás de ella la pequeña cuesta hasta la incorporación a la carretera. Ana hasta que llega el sueño.

Al día siguiente queda con alguien y más tarde con alguien más en otro lugar, y luego acude a un tercer sitio donde se tropieza todavía con más gente: su vida de encuentros y de citas urgentes y de tenemos-que-quedar pronunciados con la boca pequeña o con la boca grande, según proceda.

Habla a todas esas personas y en todos esos lugares de su lamentable viaje relámpago. Un incordio, un marrón, un contratiempo mayúsculo en mitad de ninguna parte. La maldita rueda, la maldita lluvia, el maldito móvil que luego volvió a funcionar como por arte de magia. Un pueblo perdido de nombre imposible de recordar. Habla del hombre montaraz que le arregló la rueda sin amabilidad ninguna, más bien para espantarla de allí cuanto antes, lejos de sus más que posibles y horribles secretos. Exagera mucho, habla de la mujer condenada al delantal, atada a un lugar infame. Menciona a la

niña y su insistencia en explicarle cosas de animales, tantos y tantos detalles que a ella —y al llegar a este punto también se le ocurren graciosas comparaciones— le interesan exactamente cero. Incluso recuerda el deseo de la niña de recibir postales y hace alguna otra broma fácil. Cómo no querer postales, no tendría ni ordenador, ahora que lo pienso, ¡ni siquiera vi una antena de televisión! Ja, ja, ja y ja.

Y otra vez su odisea, su patada a la rueda, su dedo gordo hinchado, sus antiinflamatorios.

En un punto de ese intrincado pero menguante mundo de carreteras comarcales, en una aldea llamada Foramontano, una niña olvidó pronto —mucho más rápido de lo que tarda en desaparecer el color morado de un hematoma en un dedo golpeado— el paquete de postales que nunca llegó a ser enviado desde la gran ciudad.

ANCIANO EN VELATORIO

Ayer murió un hombre joven y ahora llega al tanatorio del pueblo un anciano que lo conocía. El anciano camina con dificultad y se aproxima a los familiares y allegados que velan en ese momento el cadáver. Es la hora de comer y hay poca gente. Después de dar el pésame a quienes debe dárselo, y quién sabe si obligado a decir algo para reseñar la importancia de la pérdida, o impulsado por una querencia personal a compartir su opinión sin que se la soliciten, habla, señalando el abigarrado montón de coronas que amenaza con ocupar del todo la sala común del tanatorio:

—Esto es la terminación de la vida de una persona. Aquí se ve.

Asienten algunos de los presentes, entre ellos el familiar del muerto a quien mejor conoce el anciano y que está situado muy cerca de él. El anciano mira a ese familiar y luego a otros de los presentes, buscando aprobación o simplemente intentando reconocer alguna cara. Mira después al suelo, asiente con la cabeza varias veces y repite sus frases:

—Esto es la terminación de la vida de una persona. Aquí se ve —dice, mientras mueve su dedo índice como a saltitos, señalando una corona y la siguiente y la siguiente, como si las estuviera contando, y por un momento parece que su dedo seguirá saltando hasta señalar la puerta y quién sabe si algo que se quedó fuera, bajo el porche del edificio.

Luego alguien le pregunta si continúa viviendo en la pedanía del valle contiguo, donde tenía su casa con huerta, y él contesta que no. Y lo explica con un par de frases a su manera, que no se sabe si

es una forma sentenciosa que él emplea en ocasiones señaladas o si es la única forma de hablar que tiene.

—Ahí arriba no se pinta nada si no se trabaja. Esos pueblos son para hacer cosas. Si no se hace nada, mejor estar aquí abajo, que hay más que ver. —Al acabar de hablar, su mirada vuelve la vista a las coronas, las recorre en un instante, como queriendo decir que se incluye este velatorio entre esas cosas que hay que ver.

Tampoco se sabe muy bien si la atención que se le presta al señor es porque se valoran mucho sus palabras, porque se le entiende y se le da importancia a lo que dice, o simplemente se le deja hablar porque es un anciano y se finge que sus palabras tienen un significado del que quizá carecen.

Poco después dice adiós. Se intuye en su despedida un orgullo casi arrogante por el deber cumplido.

Echa a andar, muy encorvado y a pasos muy lentos, hacia la salida. Alguien se ofrece a acercarlo a casa en coche, porque vino solo y a pie, y él lo agradece en voz bastante alta.

Se hace un silencio entre los que velan y no se sabe si es debido al paso de un ángel o al listón tan alto que ha puesto el anciano con sus sentencias.

EDUCACIÓN SENTIMENTAL

Hay celebración en el bar, la cuadrilla ha abatido tres jabalíes que se pueden ver –bien amarrados, cada vez más tiesos– sobre el techo de uno de los todoterrenos. Los churretones de sangre recorren el parabrisas delantero y las ventanillas traseras.

Profusión de tela de camuflaje en la terraza. Han venido también las mujeres y los niños para celebrarlo, comentan sus acciones los cazadores. Beben, salen platos de tapas de la barra y también bandejas llenas de jarras de cerveza. Los niños más pequeños juegan entre las mesas. Se blasfema en voz alta, se hacen bromas utilizando la palabra malsonante que hace referencia a los genitales masculinos: cojones.

Entonces llega el gato y una niña lo quiere acariciar. El gato duda, no se fía. La niña se acerca y el gato se va, pero vuelve enseguida porque algún resto de comida ha caído al suelo. La niña aprovecha que el gato está ocupado tragando para acercarse más. La chiquilla hace un rápido movimiento para agarrar al gato y el bicho responde sacando las uñas y apartándose un par de metros. La niña llora, pero parece que no tanto por el arañazo, que ha sido de advertencia, como por el hecho de que el gato no se deja agarrar.

–¡Mira, mira, que la ha arañado, el hijo de puta! –exclama una mujer que debe de ser la madre.

Uno de los camuflados se acerca a la chiquilla. Se agacha y le dice que deje de llorar. Luego le habla en voz más alta:

–Y si no se deja acariciar, le metes una patada en los cojones y ya está.

La niña sigue con la mirada fija en el gato, no parece prestar atención a las palabras del adulto. Luego, el hombre vuelve al grupo

y la niña se queda sola, viendo al gato moverse con familiaridad entre las mesas y las piernas de los clientes sentados. En su deambular, vuelve a pasar cerca de la niña, y entonces la pequeña lo llama, gatito, gatito, y echa a correr hacia él con el trotar torpe de los niños pequeños; con esa misma torpeza le lanza un puntapié que no acierta al felino y la hace a ella caerse de culo y, sin solución de continuidad, ponerse a berrear.

—¡Puto gato, ya verás! —exclama el camuflado acercándose a la niña para levantarla del suelo. Sí, tiene que ser su padre.

Parece que la niña sí que escuchaba a su papá. Acertar es solamente cuestión de práctica, lo principal es ir asimilando conceptos.

UNA CANCIÓN DE QUIQUE GONZÁLEZ

Iba a la altura de Torrelavega, recién pasado el túnel. Me entretuve con no sé qué de la carretera antes de hacer otra selección en Spotify y empezó a sonar esa de forma aleatoria. Me molesta mucho que Spotify ponga lo que no he seleccionado, pero como la canción empezó con tu nombre, pues ya la dejé sonar:

*Charo/No sé lo que viste en mí/Me fumo el verano en la 634/
Son días así...*

Además de empezar con tu nombre, inmediatamente después llegó esa segunda frase que tiene que ver con la sorpresa por haber sido elegido, algo que compartí al momento con el cantante, y cuando dijo eso del verano fumado en la 634 ya se me quedó la boca abierta y me pregunté en voz alta: ¿esto va de nosotros o qué? La 634 es mi carretera, da igual que en algunos tramos le hayan puesto encima una autovía. Sí, la carretera que me fumaba cuando te conocí, la que me fumo cada verano, cuando llegan a la costa los turistas que pasean a caballo.

Las imágenes me vinieron en tropel a la cabeza antes de acabar la canción: mi plato de paella liberado de tropiezos desde que supiste que lo que me gustaba era el arroz y solamente el arroz; el miedo y los nervios al ir a pasar al comedor, temiendo que tuvieras el día libre, antes de saber que nunca librabas; verte cambiar de pie de apoyo llevándote el bolígrafo a la coleta, perdiendo la paciencia cuando los comensales tardaban en hacer su elección o te intentaban dar palique con el comedor lleno; el papel de comanda con tu teléfono anotado sujeto al limpiaparabrisas de mi coche, después de que te contara que, a veces, si me toca un picadero con mucho animal

para hacer, no me da tiempo a volver a casa; tu mano llevando la mía hasta tu pecho, aquella primera vez en el coche; esperarte detrás de la gasolinera y salir pitando hacia el hostel antes del turno de las cenas; tú en ropa interior, recién duchada en una de las últimas tardes juntos, fumando asomada a la ventana y metiendo barriga porque sabes que te estoy mirando aunque esté a tu espalda...

Charo/¿Aún sigues viviendo aquí?/Me hubiera pegado con todos/Por ti

Tu nombre de nuevo encabezando la segunda estrofa y de nuevo frases que encajan como herraduras perfectas. Me hubiera pegado con cualquiera.

Con él, por ejemplo, si hubiera hecho acto de presencia, aunque me dijiste que jamás te había puesto ni te pondría la mano encima, lo suyo había sido solo echarle morro. Y con todos los clientes que te miraban el culo cuando te marchabas con las comandas hacia la cocina. Con todos y cada uno de ellos, uno detrás de otro, victorioso desde la primera sangre. Mi estilo ha sido evitar las peleas, por eso sé que presentar batalla ya es una victoria.

Así es que la pregunta se repetía en mi cabeza mientras escuchaba la canción: ¿este tío de qué me conoce?; o mejor dicho, ¿de qué nos conoce, quién le ha hablado de nosotros? No es posible tanta casualidad. Aunque también pensaba, en simultáneo: bueno, tampoco es tan raro lo nuestro, hay más Charos que tú en el Cantábrico, ¿no es cierto? Y hay miles de trabajadores que se fuman los veranos en la 634: además de herradores a domicilio, como yo, hay también camioneros y agentes comerciales y feriantes y otros oficios que se me escapan ahora o que desconozco.

Se me ocurrió también, como de refilón, que podía haber aparecido por El Sarmiento ese tío, el cantante quiero decir, y podría haber intimado contigo y tú le podrías haber contado nuestra historia, pero eso evitaba pensarlo, a medias por celos y a medias por

querer creer que nunca le contarías lo nuestro al primer cantante que te diera palique. Son pocos los camioneros y los comerciales que no conocen El Sarmiento y supongo que los cantantes de gira o sus conductores de furgoneta harán lo mismo que hace todo el mundo cuando tiene que comer en carretera: fiarse de la leyenda y parar donde hay estacionados muchos camiones.

Ahora que han pasado unos días, ahora que ya he escuchado la canción más de cuarenta veces sin poder evitarlo y que sé que la interpreta un tal Quique González que canta bien, cierto, pero sin acercarse a Fito en lo que se refiere a explicar los sentimientos de los hombres, pues lo que te digo, ahora ya veo posible que hayas hablado con él, que hayáis coincidido o quizá intimado y que le hayas puesto al tanto. Te lo digo porque la canción somos nosotros y se me hace imposible una coincidencia tan grande.

El resto de sus canciones deja bastante que desear, o por decirlo sin hacer sangre: la buena es la nuestra. Al entrar la voz femenina es cuando descubrí que somos nosotros, porque nada más oírla te me viniste a la cabeza sentada en el banco junto a la Fuentona de Ruente, ese día que me cancelaron unos caballos por un pleito entre los dueños y el picadero y nos fuimos allí a desayunar chocolate con churros. Yo te había dicho que eligieras sitio y se te ocurrió ese, tú sabrás por qué. Después de comer los churros me levanté para estirar las piernas y empezaste a hablar de cuando tuvieras tu piso nuevo, o la casita pequeña que te habían ofrecido por Duález —era tu sueño, dijiste, poder plantar unos tomates, berzas, un rosal—, al lado de la senda ciclista. Hablabas en clave, pero entendí que me estabas pidiendo una pista de lo que pensaba hacer, si estaba decidido a romper algo o no pensaba romper nada. Ese día, cuando te quedaste callada y empezaste a meter los restos del desayuno en la bolsa de papel, fue cuando me di perfecta cuenta de que lo nuestro iría para delante o para atrás, pero ibas a impedir que se estancara. Estaba

desierto el sitio, no eran ni las diez de un día de mayo. Aún hacía frío y de la hendidura en la pared de roca de la que mana el agua salía una bruma que le daba al lugar un aire misterioso. Estabas preciosa y te pedí que vinieras al hostel, pero me dijiste que tenías que entrar antes porque te tocaba montar el comedor.

Charo/No sé lo que viste en mí/He pensado en llamarte al pasar/la Asturiana de Zinc

Para ser exactos, no es precisamente al pasar la Asturiana de Zinc cuando pienso en ti. Si aún no lo he hecho antes, lo hago siempre –desde que dejamos de vernos, quiero decir– al salir del túnel: te convoco en cuanto aparecen ante mis ojos las chimeneas a punto del desplome de Sniace, y luego te sigo viendo mientras voy dejando atrás el perfil ruinoso de todo el complejo, con sus descascarilladas letras gigantes en lo alto. En un minuto, menos quizá, alcanzo a ver las cuatro alturas del horrible bloque de Torres donde vivías aquella temporada, y si distingo una sombra en una ventana, que a esa distancia puede ser una prenda de ropa puesta a ventilar o un visillo movido por el viento, me digo que tú no puedes ser, porque estoy seguro de que has logrado irte de allí.

A mí lo que me sorprendió es que tuvieras problemas, ni sospechaba que las mujeres atractivas –las que nos gustan a la mayoría de los hombres, como tú– también podían tenerlos. La primera vez que hablamos pensé que eras de esas personas que están donde quieren estar, debería haber caído en la cuenta de que ser camarera de mesa en un bar de carretera no puede ser durante mucho tiempo un destino preferido y tú ya llevabas varios años allí; debería haber caído, pero soy torpe y soy lento, nunca dejaré de serlo.

Claro, te acuerdas de mí por fin/Trabajo en el Shadows/ Ahuyento a los gallos/Escucho a los Kinks

Ya era hora, guapo, ya ha llovido desde entonces y sí que tenía ganas de saber de ti, fue todo muy rápido y muy de golpe, aunque

es mejor así cuando se trata de terminar. Me lo he preguntado a menudo, si me recordarías. Me lo he preguntado muchas veces, para qué te voy a engañar, y en las raras ocasiones en que he divisado a los lejos una cabeza pelirroja lo primero que he hecho es pensar que eras tú, aunque acabara tratándose de una adolescente melenuda. Es lo que tenéis los pelirrojos, sois tan pocos que ver a uno te hacer recordar a los que has conocido, quieras o no.

Me gustaría contarte tantas cosas, todas las que he hecho desde entonces.

Cambié de casa, de trabajo, de horarios..., hasta el pelo me he cambiado, ahora lo llevo corto y dicen que me hace más joven, aunque yo me siento más mayor y además me alegro. La juventud ha sido a veces más inconveniente que ventaja y las gallinas viejas regatean mejor a los gallos.

Bueno, el caso es que aquí estoy, trabajo en el Servando. Aunque eres nefasto para los nombres tienes que acordarte, es el sitio ese del alto de Queveda, estuvimos tomando una copa una de las pocas noches que salimos: no había ni el tato, era miércoles, casi tuvimos que despertar al camarero para que nos sirviera. Ahora han tirado la pared que cerraba la pista de baile y han instalado una pérgola, se dan comidas y cenas por encargo y a mí me conviene porque así no trabajo todos los días, pero lo más importante es que puedo planificar, sé cuándo trabajaré y tengo una vecina estupenda siempre dispuesta a hacer de canguro con Pablo si me toca currar el fin de semana.

Porque al final —sí, debería haberte llamado para decírtelo— me atreví a ir a juicio y gané el cambio de medidas. Era lo suyo, encontrar un abogado que entendiera de estos asuntos y lanzarme, sin pensar en que estaba perjudicando a Pablo, erróneamente además porque él ha sido el primer beneficiado. Ahora le toca una semana con cada uno, y como su abuela paterna está delicada, últimamente

se queda conmigo más de lo que le toca. A su padre se le han quitado las ganas de joder y entonces –¡oh, milagro!– ya tiene a menudo cosas que hacer y le importa menos que el niño esté conmigo, supongo que entiendes su generosidad.

Además, y vuelvo al trabajo, ahora soy jefa de sala y encargada de compras, todo en uno. El socio del cocinero se puso enfermo al poco de llegar y como este hombre no daba abasto y habíamos cogido una confianza casi automática, me dio la oportunidad de ayudar con las compras. Estoy aprendiendo también de cocina, mira que yo siempre he sido de sota, caballo y rey, puro trámite, pero ahora, como Álvaro el cocinero me explica lo que quiere que traiga y por qué lo quiere de tal manera o de tal otra y cómo lo va a cocinar y por qué sí y por qué no, pues le estoy cogiendo el gusto y a veces hago en casa cosas un poco más elaboradas. A Pablo ya se le puede sacar de la pasta y del arroz a la cubana, tiene ocho años, no te digo que aplauda cuando le hago otros platos pero algunas cosas sí que le han gustado, está claro que el paladar hay que entrenarlo.

Bueno, en realidad hay que entrenarlo todo, también la amabilidad y los buenos modales y mostrar el cariño y hablar en buen tono... y otras cosas que sin querer yo estaba perdiendo y que volví a descubrir que existían gracias a ti. Me estaba animalizando y algo me pasó contigo: verte tan triste, tan solo, tan desprotegido, me ayudó a darme cuenta de que yo estaba igual: triste, sola, desprotegida, y además –en esto creo que coincidíamos; bueno, estoy segura de que coincidíamos– me tenía abandonada, como si ya no hubiera esperanza para mí, esperanza de volver a estar un poco contenta más o menos a menudo.

Vamos/Es tarde para decir/No sé si lo hubiera logrado/Sin ti

¿Sabes de qué me acuerdo muchas veces? De tu experiencia con el balonmano. Nunca me había interesado el balonmano, a mí apenas hay un deporte que me guste, yo creo que ninguno, la verdad,

pero después de contarme tu historia de portero frustrado un día se me ocurrió hacer una búsqueda en internet y vi unos cuantos vídeos de porteros. Y te entendí, creo que entendí el miedo a los balonazos que me contaste, lo que te hizo dejarlo antes de que te echaran. No entenderé jamás cómo a alguien le puede gustar ponerse delante de esos gigantes que parecen lanzar balas de cañón en vez de balones, pero sí entendí tu frustración al ver que eras incapaz de superar el miedo. Imagino los gritos de tu entrenador justo como me los contaste: aguanta, no gires la cabeza, mantén los ojos abiertos, estira los brazos... Sí, por un lado me dio pena que aún te doliera algo que había pasado tanto tiempo atrás, por otro me alegró comprobar que no culpabas a nadie y me convenció de que merecías la pena. Lo que nos diferencia a unos de otros es cómo repartimos las culpas en los fracasos, me gustó tu forma de repartir en ese asunto y también en el asunto de la separación de tu mujer: si la hubieras pintado como un monstruo, te habría creído menos.

Ah, antes de que se me olvide: discrepo contigo sobre Quique González, él entiende mucho mejor a la gente que tu Fito. A ver si me explico, lo que cuenta Fito lo entiende cualquiera; lo que cuenta Quique a lo mejor no lo entiendo, pero me sugiere sentimientos, sensaciones, estados de ánimo, y sugerir tiene su dificultad. Vamos, que en música vamos a mantener las diferencias, ya discutíamos entonces y eso no lo va a cambiar el tiempo, pero ¡qué sobredosis de Fitipaldis! Me faltó valor para decirte que todas sus canciones parecen la misma.

Bueno, que me lío, lo que quería contarte es que la canción me ha hecho pensar en que casi nunca es tarde, o eso creo yo, aunque a veces si dejas pasar demasiado tiempo luego te puede dar vergüenza decir lo que querías decir, sobre todo si es verdad y aún más si es una verdad que tiene que ver con sentimientos, que casi siempre tiene que ver, porque las verdades y las mentiras siempre tienen que ver

con sentimientos, lo demás son comentarios, hablar por hablar. Me enrollo demasiado, solamente quiero decir que sin ti hubiera logrado mucho menos, o más tarde, o casi nada, o peor.

Claro/Te acuerdas de mí por fin/He pensado en llamarte mil veces/Ya sabes que sí

Huiste, es verdad, pero ¿cómo reprocharte algo que yo tampoco habría estado dispuesta a hacer? Demasiado cambio para una sola razón y sé que dejé claro que a mí me era imposible una mudanza; por eso mismo los reproches sobran y por eso mismo hay noches —con Pablo ya en la cama y ninguna peli decente con la que dormir— en que me es imposible espantar el sueño de que Duález —sí, conseguí la casita, pero el huerto sigue virgen, apenas unas flores silvestres y un topo que me ha perdido el respeto— y Durango fueran el mismo lugar o estuvieran solamente separados por una distancia a recorrer en bicicleta. Querría haberte llamado para decírtelo, pero dejé pasar el tiempo, igual que tú.

Si tienes prisa, si se te hace raro/Vete de aquí/Si vas con los cristales empañados/¿Cuándo vienes a por mí?

Tengo mi orgullo y tengo sobre todo mi sexto sentido, que me funciona, por eso sabía que la llamada la tenías que hacer tú y habrás tenido razones para no hacerla. La gente que hace vida en su coche tinta los cristales, tú los llevabas empañados por la humedad aquella tarde detrás de la iglesia y fue suficiente. Me apunto a lo que dice la chica en la canción y a buen entendedor pocas palabras sobran.

Charo/No sé lo que viste en mí/He pensado en llamarte mil veces/Ya sabes que sí

El caso es que soy de Durango y supongo que aquí me voy a quedar. Aquí viven las niñas y aquí tengo dos o tres amigos. Le estoy cogiendo el gusto a esta casa junto al parque de Tabira, surgió la oportunidad de comprarla y ya eran demasiados días en casa de mi madre. He puesto la estática en el salón y veo

la tele dando pedaladas. Me hice con una Zeus de carretera de segunda mano y salgo con Joserra –te hablé de él, vecinos puerta con puerta desde preescolar– los fines de semana que no me toca pasar con las crías.

He querido llamarte muchísimas veces, aquellas en las que me ha tocado este rumbo y aquellas en las que solamente iba de paso y hasta aquellas en que me he quedado cerca; para serte sincero, en los primeros meses todos los días pensaba en ti nada más subirme al coche, pero eso tampoco significa tanto, lo de pensar en alguien quiero decir, ya sé que el movimiento se demuestra andando.

El otro día entrevistaban a Quique González en la radio, otra casualidad que fuera justo en Radio Nacional, la emisora que escucha mi madre por defecto. Le estaban preguntando por *Charo*, esa canción que lleva tu nombre y que me hará llamarte, o quizá fue precisamente la entrevista la que me obligará a hacerlo. Agucé el oído porque querían saber si era autobiográfica, eso le preguntaron al cantante. Él contestó que son dos detalles o tres los que separan todas las historias, que en principio él había inventado la historia de un camionero y una camarera y que el nombre Charo le parecía muy bonito y por eso lo eligió, pero que no descartaba que hubiera por ahí historias parecidas, pasando o a punto de pasar. Sonaba convincente, pero me sonó también misterioso, aunque en toda la entrevista sonó así, evasivo, como si intentara siempre dar respuestas a medias o utilizara un lenguaje de símbolos para hablar de las cosas.

¿Sabes qué pienso yo? Pues que te ha conocido y tú le has contado nuestra historia y él la ha camuflado un poco, y que aquí la única casualidad es que Spotify seleccionó esa canción cuando acabó el álbum de Fito.

Así que me gustaría saber, por curiosidad, dónde conociste a ese Quique y cómo consiguió que le contaras lo nuestro. Y me gus-

taría todavía más saber, esto por interés, si es verdad lo que cantas, porque estoy convencido de que la mujer que canta, aunque con otra voz, eres tú.

Es por eso que he marcado tu número, para preguntarte.

LA ERMITA DEL CERRO

La ermita del cerro no es un relato o una anécdota, tampoco es una historia, es una imagen. Aparece ante los ojos al salir de una curva cerrada sin ninguna visibilidad, de las que abundan en el desfiladero. Es lo primero que se ve: el cerro, como una maqueta de una de esas famosas mesas de Arizona, blanco calizo en lugar de rojo arcilloso, y en el punto más alto de su pequeña meseta levemente inclinada, la ermita.

El edificio es irrelevante por su arquitectura, ningún cartel indica a la entrada de la población que haya algo digno de visitar en el lugar. Por lo tanto, es muy posible que pasen días y días sin que nadie se acerque por allí, visto que en el pueblo, que se descubre desde la carretera un poco más adelante, sobresale la torre maciza de otra iglesia, que será en la que se celebren los oficios semanales, los entierros, las bodas y bautizos, cuando los haya en ese pueblo pequeño.

Nunca, tras tantos años de pasar, he visto a nadie allí arriba. Ni un pastor con las ovejas, ni excursionistas con anoraks de colores chillones, ni un coche aparcado en la pequeña explanada, nada que permita imaginar un visitante, un cuidador. Nadie. Sin embargo, el color blanco de los muros aparece siempre limpio, como recién renovado. Es de suponer que al menos un día al año habrá una romería. Subirán los romeros desde el pueblo con tortillas y filetes empanados, embutido y vino, quizá a primera hora de la mañana lleven a una Virgen a hombros hasta allí, o una imagen de Cristo o de algún santo. Es probable, pero no nos ha tocado verlo nunca. Siempre vacía de gente la hemos visto, sin movimiento alrededor.

La ermita del cerro, cuántas veces he pensado en tomar un día la desviación y buscar el camino que lleva a ella, invisible desde la carretera pero a buen seguro existente, probablemente muy empuinado, por mucho que hayan querido suavizarlo dándole vueltas y revueltas al trazado. Creo que cada vez que pasamos lo pienso, hay que subir un día, pero la prisa de llegar a destino entibia el deseo y pospone la decisión. Lo más probable es que no subamos nunca, y si un día subimos es posible que la excursión resulte un poco decepcionante, porque no veremos lo que siempre hemos visto desde la carretera, sino otra cosa, la realidad solitaria de una ermita poco esbelta, apenas llamativa.

La fuerza está al salir de la curva, desde la carretera, yendo hacia el norte. Una fuerza que quizá solamente se haga presente si se va camino de un sitio, si los horarios desaconsejan parar.

La ermita del cerro hace acto de presencia en mitad de cualquier actividad. Se queda unos segundos ahí, en la mente, quizá recordando algo que no sé lo que es, y luego se esfuma, hasta el próximo viaje o su siguiente aparición. No puedo hablar con nadie de ello porque carece de sentido, no hay explicación lógica para esa insistencia de mi memoria en preservarla, o para ese poder suyo —de la ermita, de su imagen— de hacerse notar. Quizá otros puedan hablar de imágenes de este estilo, tercas en el recuerdo sin razón.

La ermita del cerro es un enigma cuya solución se encuentra a unas dos horas de distancia —entre buscar dónde aparcar en el pueblo, encontrar el camino y hacer la subida y la bajada—. O quizá es la ermita lo que está a dos horas de distancia, mientras su imagen es un lugar inaccesible, algo que se vislumbra únicamente a la baja velocidad que permite la tortuosa carretera del desfiladero.

RIESGOS DEL COCIDO MONTAÑÉS

Está tirado de costado, encogido de dolor, en la cuneta de la carretera que sube a Serbal, el puerto de montaña por el que se desvía el tráfico cuando se cierra la nacional por culpa de obras o accidentes, que hoy no es el caso.

A punto de morir, aguarda a que baje o suba un coche y lo recoja, aunque no les dará tiempo a salvarlo, piensa él que no les dará. El dolor no cesa y es tan intenso que ni se atreve a intentar recostarse contra esa cerca de madera que, si fuera capaz de estirarse, podría tocar con la mano. No siente terror ni ve esa luz al final de un túnel que ven los moribundos.

Tampoco está muy sorprendido, el corazón es el punto flaco familiar y no se han cumplido dos años desde que le colocaron los *stents*. A vuelo de pájaro no habrá más de un kilómetro desde aquí hasta el camino que sigue la cresta de La Bestiaria en dirección al pico Tasugo, donde se le partió el corazón a su hermano hace ahora veinte años. De haberlo sabido, quizá hubiera decidido ir allí, para caer en el mismo sitio o más arriba, junto a la placa que le pusieron sus compañeros de la sociedad deportiva.

Será difícil que lo encuentren vivo, piensa él, porque es mala hora para el paso de coches. La gente de las oficinas de la fábrica que sube a comer donde Celia ya ha bajado, él era el último en el comedor. Si a pesar del tráfico de por sí escaso y de la mala hora lo encontrasen aún con vida, es posible que fueran por ahí comentando sus descubridores durante los días siguientes —en los bares, en los trabajos, en los supermercados— su tranquilidad pasmosa frente a la muerte. Si esto sucediera, ya no estará él para decirles

que se equivocan. Le será imposible contar que no se mantiene sereno gracias a un especial valor, ni está tranquilo, ¡qué va! Lo que ocurre es que le han empezado a venir cosas a la cabeza y le han obligado a pensar.

Piensa en que hacía más de tres años que no se dejaba caer por aquí, desde el último entierro familiar. Los que aún lo conocen aunque apenas mantengan relación se preguntarán a qué pudo venir, solo, sin mujer ni hijos, entre semana y sin mediar fecha señalada. Él, que nunca ha sido de mucho venir.

La visita no estaba prevista, les diría si pudiera contestar. A la llegada al aeropuerto de la capital, recibió la llamada del cliente informándole de que tenía que posponer la reunión hasta las seis de la tarde y un impulso lo llevó a alquilar el coche y venirse hasta aquí, cuarenta kilómetros de trayecto, con la idea de aparcar en la plaza y subir a zamparse un cocido donde Celia. No sabe por qué le dio esa ventolera, tiene prohibidas las comilonas desde la angioplastia, pero tardó menos de un minuto —en la cafetería del aeropuerto, frente a una insípida infusión que anhelaba cambiar por un café cargado— en decidirse.

Nadie podrá saber de su último paseo, desde el cruce de la nacional hacia arriba, por la carretera que lleva a los silos de Bravera, los dos silos blancos que se pueden ver desde la ventana del cuarto de baño de la casa que fue de su madre y ya no es de la familia, porque la vendieron él y sus hermanos, todos de golpe liberados de ataduras con el pueblo, sin motivo para volver.

Hacia arriba quedan a un costado los restos del bosque de Bajante, lo que dejó en pie la construcción de la autovía. Castaños, robles, algunas manchas de haya sobreviviendo entre el eucalipto invasor y ocultando la semienterrada y mal señalizada calzada romana. La primera vez que estuvo en el monte, que descubrió sitios donde uno podía estar rodeado de árboles y escuchar

únicamente el canto de los pájaros incluso sin verlos, fue ahí, ahora lo recuerda.

Por ese camino medio comido por la vegetación y que en tiempos utilizaban todos los habitantes de Serbal, el camino del cementerio, llegó a la aldea.

Fumó un cigarro junto a la bolera, en la que crecía una hierba como de campo silvestre, la misma que él vio crecer en su juventud en muchas boleras de bares, aquellas que se llenaban no hace mucho tiempo, cada tarde, de voces y risas, de juramentos, de porrones de vino y de pinches corriendo detrás de los bolos mientras gastaban en sueños la propina todavía pendiente. Boleras perdidas porque ya hay más cosas en la vida que el juego de los bolos, piensa, perdiendo en melancolías su tiempo precioso.

Tomó un vino en el bar del estanco, sentado en el poyo de la entrada. Pasó un hombre arreando cuatro hermosas vacas tudancas, una de ellas levantó el rabo justo delante de él. Cuando dejó de desprender humo la boñiga —de un verde intenso, más cierta que todo a sus ojos, que las mismas vacas y su dueño en catiuscas también verdes, que su vino y que quien lo atendió y que él mismo— pagó y se fue para donde Celia, no fuera a ser que cerrara la cocina.

Se está muriendo en la carretera a Serbal, extrañamente sintió el desvanecimiento ya de bajada, cuando menos esfuerzo exigía la marcha. Le nació el dolor en el pecho y se desplazó rápidamente hacia el estómago, pero sabe de sobra que los ataques de corazón a veces se camuflan, no tiene dudas. Piensa ahora que va a ser noticia por unos días, estas muertes al aire libre son muy comentadas. Volverá a ser alguien real para muchos que dejaron de verlo y solo saben de oídas de él, ah, sí, aquel que se marchó a Barcelona, jugaba al baloncesto, ¿verdad?, ¿no andaba en el extranjero?, ¿tenía hijos ya?, ¿no murió hace poco su madre? Algunos, por el tiempo transcurrido desde que lo tropezaron la última vez, no caerán en la cuenta de quién es, pese a

que compartieran, hace años, bares, aulas, fiestas, ambulatorio, trenes y autobuses.

Se gira unos centímetros con muchísimo esfuerzo, para poder contemplar el valle. “Valle de Navega, donde yo nací, y entre sus montañas alegre crecí”, reza la canción popular, que miente como casi todas. ¡A ver quién ha sido feliz cuando estaba creciendo!, protesta, descreído. Ahora ha conseguido con un tremendo esfuerzo girarse y enfocar, entre árboles, la casa materna, y ha recordado la alegría que le producía localizarla desde lo alto cuando iba al monte de excursión.

Ve más cosas. Todas hablan del pasado, su presente está ahora en una ciudad lejana, en la familia que lo espera allí, en el trabajo y el apartamento de la playa. En ese pueblo del fondo del valle que tiene parcialmente delante de los ojos y fue el centro de su vida durante muchos años apenas le queda presente. O sí, se corrige, el trocito de actualidad que será en cuanto lo descubran, porque va a ser suceso comentado por unos días.

Historia, en eso va a convertirse, y le resulta curioso ir a dar ese paso precisamente en el lugar más histórico para él, desde el día en que decidió abandonarlo y cargar para siempre con la incertidumbre de lo que hubiera significado quedarse.

A punto de caramelo, que se podría decir, y cuanto le viene a la cabeza es lo que únicamente le pertenece a él, no la familia que se ha hecho, que se ha inventado, con quienes convive, quienes van a sentir su pérdida porque forma parte de su cotidianidad, sino todo eso otro que nadie sabe, esos detalles que a nadie se cuentan, ni siquiera al compañero de trabajo en noche beoda de confidencias. Todo lo que en realidad a nadie importa, que nada explica de lo hecho o quizá lo podría explicar todo si alguien inteligente lo analizara. Puede que eso sea su esencia, piensa, exactamente cuanto ahora pasa por su mente sin orden ni concierto, y el resto un gran

accidente existencial. Una mujer u otra, un trabajo u otro diferente, una ciudad o la de más allá. Piensa, ahora que no queda ya tiempo para el disimulo ni viene al caso, en que lo accidental quizá sea precisamente aquello que elegimos y no al contrario, como se tiende a pensar, como muchos deciden ir pregonando por las cuatro esquinas para otorgarle cierto sentido a las idas y vueltas, a los cambios de residencia, de trabajo, de pareja, de velocidad, de sueños.

Se está quedando muy frío, pero el dolor no disminuye, así que concluye que aún está vivo. Se nota sin fuerzas hasta para levantar un poco el cuello, podría pasar un coche y confundirlo con un saco de pienso empapado de lluvia. Se lleva la mano a la frente para notarla perlada de un sudor pegajoso, le da pena que sus cosas se pierdan, esos detalles sin importancia que solo existirán mientras él viva. ¡Qué frío tengo!, exclama ante de cerrar los ojos.

Lo atienden en el hospital provincial. Según le cuentan cuando despierta, el cólico agudo que le causó la copiosa ingesta podría haber tenido consecuencias fatales. Luego los médicos se marchan y él tranquiliza por teléfono a su mujer, han sido horas sin saber de su paradero. Después comienza a recordar esos minutos –según los datos de quien lo encontró, apenas media hora– tirado en la cuneta, vuelve a su mente lo que estuvo pensando y recordando, aunque él no quiere que regrese, se siente incómodo.

Todo es borroso, salvo su decisión inquebrantable de no regresar jamás a Navega.

LA NUTRIA ESQUIVA

De pronto, en una mirada despistada al cauce del río, entre los árboles de la ribera, creyó ver algo sobre unas piedras. Detuvo el coche patrulla junto al arcén a toda prisa y sacó los prismáticos de la guantera. ¡A que es una nutria!, se dijo, excitado. Saltó el quitamiedos y comenzó a descender por el terraplén que llevaba hasta la senda de los pescadores, intentando ver de nuevo entre los árboles la roca plana donde había creído advertir la mancha de color. Descendió unos metros más y localizó la piedra, se echó los prismáticos a los ojos y no vio nada, tampoco en las piedras circundantes.

Desilusionado, pero aún con una punta de esperanza, encendió un cigarro y siguió rastreando todo el tramo de río a su alcance, buscando alguna ondulación del agua o algún movimiento en las orillas. Mientras lo hacía, comenzó a pensar en las oposiciones a guardabosques. Su opción. No pasaba un mes sin que se planteara hacerlo; constituía, en realidad, su único proyecto. No pensaba en viajes a países lejanos o traslados a ciudades importantes, el único sueño que se permitía, más como válvula de escape que como posibilidad real, era cambiar el uniforme azul de la policía por el verde del cuerpo de forestales. Comprar una casa en un verdadero pueblo del monte, sin pisos ni oficina de correos ni policías municipales.

Dedicarse a cuidar el monte, defenderlo de los que veían en él tan solo un medio de ganar dinero o simplemente un lugar en el que preparar barbacoas, llegar a entenderlo, aprender por dónde se mueven los bichos y por qué motivos van por ahí, dónde y cómo descansan, qué comen y cómo se relacionan, entender por qué crecen unos árboles en unas zonas y otros en otras, distinguir a la perfección los

diferentes tipos de plantas aromáticas... ¡Tantas cosas! Pensaba en este plan siempre con melancolía, como si fuera algo para lo que ya se hubiera esfumado el momento oportuno. De igual modo lo hacía ahora, mientras seguía escudriñando el río arriba y abajo con los prismáticos, ya convencido de que no había visto nada, el engaño de una hoja o de una rama, un guiño del agua. Bajó los prismáticos con lentitud y se dio media vuelta, de regreso al coche terminó también con su ensoñación como acababa siempre con ella, concluyendo que el sueldo de guarda forestal no daba para nada y que, además, lo cierto era que no amaba tanto la naturaleza como para estar todos los días metido hasta el cuello en ella. Subió al vehículo, guardó los prismáticos en la guantera y arrancó, decidido a no dejarse engañar por ningún otro movimiento más allá abajo, en el río.

LOS JACINTOS

*Y adiós mi España querida,
dentro de mi alma te llevo metida,
y aunque soy un emigrante
jamás en la vida
yo podré olvidarte.*

Fragmento de *El emigrante* Valderrama, Serrapi (Niño Ricardo) y Pitto

Andaba entre las vigas de la techumbre de la nave más alta, acechando palomas con su pistola de aire comprimido. Al caer, en vez de chocar contra el suelo de cemento, le acertó de lleno a un montón de canales de acero.

Las palomas saldrían volando asustadas de entre las vigas y él, con la prisa de acertar, haría un movimiento brusco y pisaría en falso. El gerente de ventas lo encontró encogido en el suelo, sin voz para explicar nada, pero el rastro de sangre que entraba en la nave permitió descubrir luego el lugar exacto del accidente.

A causa de su ausencia, me tocó a mí ocuparme de la báscula. No hice otra cosa entre vehículo y vehículo que pensar en él, rememorando las historias que me había ido contando en los ratos flojos de clientela. Historias de cuando era pastor en las montañas de Riaño, con diez años. Le destacarían aún más las orejas de soplillo y le brillaría con más fuerza esa mirada de niño que espera el cachete por la trastada cometida. Me habló de noches en los puertos altos, con los lobos aullando desde las lomas y los mastines gruñendo junto a las vacas.

Tras el cristal, desde aquel cuartucho de la báscula que era su único reino, veía yo aquella mañana el Volkswagen escarabajo que utilizaba a diario para ir y venir de casa. Tenía familia, una mujer mexicana y niños, creo que dos. Al pequeño le pagaba el patrón un viaje anual a España. A Jacinto, pese a las horas que se pasaba en la empresa, no le alcanzaba con su sueldo para comprar coche, por eso le prestaban aquel vocho blanco. Él, a cambio, cumplía con su papel de empleado de confianza. Cuando me marchaba todavía seguía allí, discutiendo con algún chófer o acabando de pesar una camioneta de última hora. A mi regreso de mañana él ya había llegado, y a veces me saludaba y otras apenas hacía un guiño con sus ojos legañosos.

Recuerdo que me sentí muy intranquilo en aquellas horas tras el accidente, lo imaginaba muerto. Se había dado un golpe tremendo, la nave levantaba casi doce metros. Me puse a rebuscar entre los cajones, sin saber en qué dar, y encontré una cartera suya, seguramente la creía perdida. En ella, únicamente una foto, creo que con la catedral de León de fondo: aparecía junto a una señora pequeña y toda vestida de negro, muy poca cosa, muy de otra época.

No me costó ni me cuesta imaginarla diciéndole adiós y llorando sin lágrimas, tras haberle preparado su plato preferido, algo de matanza si tenían cerdos.

Tú sabrás dónde te metes, Jacinto, pero mucho ojo, cruzar el charco es algo serio, le habrían dicho sus paisanos en los días previos a la partida, mezclando el consejo amable con la advertencia, la buena fe con el mal agüero en proporciones variables.

Imaginé sus sueños de indiano: restaurante en Madrid al tomar tierra y los días en el pueblo saludando a todo el mundo con la cabeza alta y pagando rondas en el bar-tienda, aportando para la orquesta en la fiesta de la Virgen, hasta sufragando el televisor nuevo del

tele-club. Eran los últimos años setenta cuando Jacinto se marchó a México, empezaba un nuevo tiempo lleno de promesas de bienestar.

Unos 15 años después, con Jacinto al lado, yo había ido conociendo en mis dos meses en el país a otros españoles, en su mayoría a los que él conoció nada más llegar. Más viejos ya y menos discretos, se detenían a darme consejos a mí, únicamente a mí, como si Jacinto ya fuera un caso perdido. Él, cuando nos dejaban para irse a la oficina del jefe a resolver sus asuntos, echaba pestes de ellos con su habla punteada de mexicanismos, un lenguaje que a mí me resultaba un signo de derrota, la señal de que el país lo había vencido. Me quedaba también con la boca abierta viéndolo despachar chiles jalapeños sin trocear, mientras a mí se me saltaban las lágrimas y me fluía la moquita cuando por error le hincaba el diente a uno. Jacinto los engullía casi sin masticar, del mismo modo en que a mí me parecía que se había tragado la vida.

Me reía con él mientras aprendía a manejar la báscula. Sobre todo cuando se enfadaba con los conductores y les mentaba la madre. Si hablábamos de España, en cambio, me sentía incómodo en seguida, porque se veía que no tenía ya ni la más remota idea, si es que la había tenido alguna vez. El día que me preguntó lo de ¿cómo está España?, a las dos semanas de compartir ratos en el cuartucho de la báscula, tardé unos segundos en comprender que no intentaba imitar a Gila, sino hacerme una pregunta con todas las de la ley.

Me quedé callado, sin saber cómo continuar, y luego, por buscar algo que nos resultara un poco cercano a ambos, le hablé de las Olimpiadas de Barcelona, que acababan de celebrarse el verano anterior, y me hizo un vago gesto de asentimiento que podía por igual significar desdén por algo que no le interesaba nada o absoluto desconocimiento del asunto; después se quedó en silencio, como hacía otras veces, golpeando rítmicamente contra el borde de la mesa el bolígrafo con el que apuntaba las salidas de los camiones,

mientras dejaba la vista fija en la nave grande, al otro lado del patio de pesaje. Fue en los días siguientes, al ir conociéndolo más, al ir escuchándole desgranar sus recuerdos de un modo deslavazado pero tremendamente vívido, como si estuviera pasando de nuevo por cada situación, cuando entendí la sabiduría del humorista Gila, lo que sabía de Jacintos, de patrias y de emigraciones.

Allí en su tierra, antes de venirse, a Jacinto ni le hacía falta preguntar. Allí sabía lo necesario y haber sabido más le hubiera supuesto un estorbo. Sabía también que cualquier sacrificio tiene razón de ser si es para salir adelante, porque así es la vida. Lo que desconocía era que regresar a casa pasados los años haciendo tres trasbordos de autobús y resoplando por el peso de la maleta era el fracaso. Tuvo que aprender después que eso, si se conserva un mínimo de orgullo, ni siquiera es una posibilidad. Y Jacinto de orgullo andaba mucho mejor que de ahorros; por eso, aunque se guardara mucho de confesarlo abiertamente, tengo por cierto que había decidido no volver jamás.

En esas horas que me quedé solo preguntaron varios conductores por él, los que cargaban dos o tres veces por semana y lo conocían bien. “Pinche Jacinto, siempre jugando”, exclamó uno de ellos tras enterarse, sin poder evitar una sonrisa. Y lo clavó, era cierto, Jacinto se ponía jugar a la mínima ocasión. Le privaba hacer bromas a los chóferes, a los operarios de la nave, a los vendedores de jugos y de tamales, a las señoras de la limpieza, a todo el mundo. Nunca me pareció más vivo, menos caricatura y más personaje de carne y hueso que cuando me intentaba contar cualquiera de sus tremendas hazañas —esconder órdenes de entrega, bloquear las portezuelas abatibles de las furgonetas, aflojar mangos de escoba y añadirle sal a las bebidas eran algunos de sus clásicos— y se atragantaba de risa. Subirse a un tejado a las siete de la mañana para cazar palomas es un juego. Armado de una pistola de aire comprimido.

Tras la hora de la comida vino el patrón a buscarme para acercarnos al sitio donde había caído Jacinto. Se le notaba apesadumbrado. Habría estado recordando muchas cosas, él y Jacinto habían crecido juntos. “¿Qué cojones tenía que hacer este ahí arriba?”, repetía, mirando alternativamente al suelo y al techo. Luego me susurró que no había resistido el quirófano. El patrón —qué palabra tan antigua era ya entonces, qué deprimente— dijo que enseguida encontraría a alguien para la báscula y que, mientras tanto, me hiciera cargo yo. Se entretuvo lo justo, enseguida se marchó a la oficina para intentar ponerse en contacto con la familia en España y con su mujer. Para ver si lo enterraban, lo incineraban o qué hacían. La empresa se iba a hacer cargo, faltaría más.

Volví a estar solo en el cuarto de la báscula, también las naves y las oficinas quedaron poco después vacías. El patrón —¿me habría acabado acostumbrando a esa palabra?— salió también y levantó la mano con desgana para despedirse. Me correspondía cerrar el portón de entrada y esperar al guarda de seguridad. A la mañana siguiente debía estar allí a las siete en punto para cumplir con las obligaciones de Jacinto.

Obligaciones que nunca cumplí. A mi billete de avión le quedaban dos meses para caducar, así es que le dejé las llaves al guarda y una protocolaria nota de agradecimiento a Artemio, el patrón. Miré de nuevo la foto de la cartera de Jacinto y dudé si quedármela, de nuevo escuché su pregunta formulada con fingido desapego, ese tremendo “¿cómo está España?” que me había puesto los pelos de punta. Dejé la foto boca abajo, en el cajón donde la había encontrado.

Me marché rápidamente para la pensión, a empaquetar mis cuatro cosas y avisar a la dueña de que la habitación quedaba libre. Entre lo que guardé estaba la cinta que me habían enviado unos amigos hacía pocos días, en la que habían mezclado canciones que me gustaban con otras de cachondeo, como *El emigrante* de Juanito

Valderrama, que habían incluido en la grabación para que nos echáramos unas risas a costa de su tremebunda letra.

Nunca han llegado a saber esos amigos que lloré con ella como jamás imaginé poder llorar. Yo, un hijo del rocanrol que sí bebió coca-cola de pequeño.

Desconocía entonces hasta cuándo iba a recordar a Jacinto. Sí es cierto que en los primeros meses tras mi espantada era habitual que me viniera a la cabeza con su perfil de pájaro loco y su voz aflautada, sus recuerdos reales o inventados y sus bromas sin gracia narradas entre risas atragantadas. Luego se fue diluyendo su recuerdo, como todo lo relacionado con mi corta aventura transoceánica.

Ahora, en estas últimas semanas desde que anunciaste que te ibas, me acuerdo con insistencia de Jacinto. Me veo sentado a su lado en aquel cuarto de la báscula y te intento imaginar a ti en ese Perú desconocido al que te marchas. Aunque eres un par de años más joven sabes mucho más de lo que yo sabía cuando me fui a México, sabes muchísimo más, pero al tiempo sigues siendo un pipiolo de veintidós años. Tengo prohibido pedirte que te quedes, ni puedo sugerirte que quizá estás yendo demasiado deprisa, así lo he acordado con tu madre, que anda llorando a tus espaldas como seguramente hizo la madre de Jacinto. Tampoco puedo animarte a que te vuelvas al menor contratiempo, qué mensaje sería ese, más sabiendo que vas a tener contratiempos porque siempre surgen, la vida consiste en tropezar con ellos.

Lo que me queda es desear que esté allí tu Jacinto particular esperando a la vuelta de la esquina. Y te juro que callaré como un muerto si, pasado el tiempo, el puro miedo acaba transformado en lucidez en tu relato de los hechos.

DOS CURVAS Y YA

Ciclistas de montaña y corredores pasan a diario por este camino estrecho y asfaltado que lleva a la ermita de San Cipriano. A los dos grupos les gusta abandonar la comarcal y hacerse estos cuatro kilómetros empinados hasta la ermita: a los de la bici porque allá arriba, donde muere el asfalto, arranca la ruta de Cordal, un clásico de la especialidad; a los corredores –de esto sé un poco más– porque la cuesta asciende de forma regular, sin cambios bruscos, y eso es muy bueno para fortalecer gemelos.

La única casa al pie de este camino es la nuestra, es por eso que salvo deportistas por aquí no pasa nadie, a excepción, claro está, del día 16 de septiembre, fecha de la romería del santo. Ese día sí que pasa gente desde temprano por la mañana, cargando bolsas y mochilas llenas de filetes empanados, tortillas y otros clásicos que comerán en la campa que rodea la ermita.

Si no amanece lluvioso, ese día se sienta mi padre en el banco que hay a la entrada de la casa; se sienta y espera. Los romeros que suben hacia la ermita doblan la curva a la derecha y al levantar los ojos se tropiezan con la fachada azulada de la casa, con la puerta más o menos centrada y el balcón sobre ella cubriendo todo el frente, y a un costado, con el banco bajo la parra y mi padre sentado en él. Siempre fue así, que yo recuerde sin fallo, cada día de San Cipriano. Ahí plantado, ya desayunado y con ropa limpia, listo para empezar a cumplir hasta pasadas las dos de la tarde con sus tareas especiales del día, las cuales paso a enumerar para no dejarme ninguna sin citar:

- informar a los novatos de lo que les queda de subida, sin ahorrar detalles;

- saludar a los que lo conocen de otros años, sin escatimar simpatía;
- dar agua a quien lo necesite, con diligencia de aparcacoches;
- dejar pasar al baño a quien lo pida, con gran amabilidad.

Y yo jugando en torno a él, en el pasillo estrecho de cemento que lleva hasta la portilla o en el césped que mi madre me tiene prohibido pisar, prestando poca atención a los romeros, aunque me dicen las cosas que se dicen a los niños.

Y yo adolescente, que oiré, desde mi habitación en el piso de arriba, sus palabras de ánimo para los que tengan problemas con la cuesta:

—Venga, que no queda nada, dos curvas y ya se ve la ermita —dirá, siempre la misma arenga, siempre dicha con entusiasmo y siempre llena de falsedad, porque ni pasadas dos curvas se ve la ermita ni es verdad que quede nada, sino más bien dos largos kilómetros de ascenso continuado.

Empezaré después a desear marcharme. Juzgaré patético su estar ahí como si valiera más la vida de los que suben a la fiesta que la suya, que la nuestra, como si careciera de vida propia y estuviera por ese motivo tan dispuesto a responder cualquier pregunta imbécil, a reír cualquier frase hecha: sobre el sudor, sobre lo pindio de la cuesta, sobre la necesidad de un servicio de autobús; él tan servil, tan presto a llenarle a cualquiera la cantimplora; tan expuesto a las miradas, tan necesitado de los ojos de los demás.

No estamos hablando de heredadas costumbres ancestrales porque esa casa la mandaron construir mis padres al poco de nacer yo, se vinieron aquí desde la capital y mi padre estuvo hasta el momento de jubilarse yendo y viniendo en coche a trabajar. Era casi un extraño para la gente del pueblo, mi madre algo menos porque se relacionaba con las madres del colegio, pero los que nos podemos considerar de aquí —sin serlo tampoco del todo— somos mi hermana y yo.

Sin embargo, era él quien se sentaba en el banco cada mañana de romería y se ponía a atender a los romeros, a darles ánimos, a ofrecerles agua.

Dejaré de vivir allí y haré por que no coincidan nunca mis visitas con la fecha de la romería, pero seguiré, al mismo tiempo, sin entender ni un poco sus motivos. Y sintiéndome mal al recordarlo, pensando que parte de esa amabilidad, de esa simpatía, de ese diligente buen trato y de esas sonrisas se deberían haber gastado conmigo. También con otros cercanos, mi madre, mi hermana, pero lo que me escuece es lo que a mí se me negó. Y también sospechando, como sospechan todos a los que se les niega algo que se da por descontado –como es el cariño de un padre– que tenía que asistirle la razón al negador, porque si no de qué, porque si no por qué.

Dijeron los de la inmobiliaria –los mismos a los que les ha comprado mi madre el apartamento en la capital– que la casa se venderá a través de la web, pero que vendría bien poner el cartel, y mi madre les dijo que se podían ahorrar la kilometrada de ida y vuelta y que el cartel lo pondría ella.

Y he venido yo a colocarlo. Ahora me siento en el banco y me invento que dobla la curva un grupo de romeros, dos de los hombres acarreando con esfuerzo sendas neveras portátiles, madres tirando del brazo de niños aburridos de andar. Y antes de que suene la cantinela de siempre, la gran mentira –¿para qué daba falsas esperanzas, para caer simpático?–, hablo yo, sin esperar a que pregunten y con un punto desagradable en la voz:

–Queda otro tanto, lo mismo que habéis subido desde el cruce, así es que mejor será que os lo toméis con calma.

Digo lo que he dicho siempre, la misma escena tantas veces imaginada que es en realidad una llamada para que venga y me ex-

plique, pero sé que no va a venir, a mí me fallan las invocaciones. Y escupo –al tiempo que me levanto para marcharme– al suelo de losa que van cubriendo los hierbajos, mi forma de apartar los pensamientos negativos, un conjuro que por supuesto no funciona con saliva, unos pensamientos que ya nunca saldrán de ahí dentro de tan profundos y enraizados que están, y yo a punto de cumplir los 50 años.

Camino hacia la portilla, me giro para comprobar de nuevo que quedó recto el cartel en la ventana de mi habitación –SE VENDE–. Lo verán corredores y ciclistas y a lo mejor saldrá de ese ovillo el comprador. Cierro la portilla por fuera y subo al coche. Desde el coche se ve bien el cartel. Dudo si subir hasta la ermita para hacer maniobra o hacerla aquí mismo. Hace mucho que no subo, la verdad, y nunca sabes –esto sí que es verdad, esto no son especulaciones ni pensamientos enfermizos ni tiene nada que ver con cuentas pendientes– cuándo va a ser tu última vez.

SANTA COMPAÑA

Yo no llegué a verlo, nací con el auge del automóvil, pero mi madre me ha contado que no menos de mil trabajadores llegaban y se marchaban de la factoría en bicicleta cada madrugada, cada tarde y cada noche, pedaleando desde sus casas en los valles vecinos. Entonces mi pueblo era conocido en toda la región como el pueblo de las bicis.

Ahora, el suelo de hormigón del antiguo aparcamiento de bicicletas de la fábrica de puntas está totalmente levantado. Apenas paso por allí, el centro del pueblo se ha desplazado y el economato de la cooperativa donde comprábamos cerró sus puertas hace muchos años. No paso por allí casi nunca y, sin embargo, los hierros oxidados y la techumbre medio hundida y cubierta de musgo me vienen a menudo a la cabeza. Normalmente es una imagen que se va como llegó, en un instante, pero en alguna ocasión esa imagen tira de otras, y entonces vuelvo a ver las bicicletas que utilizaban –ya muy pocos hombres– cuando yo tuve edad para salir al parque y verlos pasar: unas máquinas altísimas, de color negro, a veces con una placa identificativa rectangular de rayas amarillas soldada al cuadro, con un pequeño soporte en el manillar para llevar el bocado y una matrícula grande atrás, de chapa, sujeta al lateral del transportín. Supongo que alguna quedara por ahí, en el rincón de la chatarra de algún garaje. Hasta es posible que un par de trabajadores al borde de la jubilación aún la usen, pero no puedo asegurarlo.

El caso es que sí, a veces los recuerdo, a esos escasos ciclistas a los que veía cuando cruzaban en los dos sentidos el paso a nivel de la estación, unos hacia casa y otros hacia el tajo.

Sin embargo, extrañamente, recuerdo más a menudo y con mayor nitidez lo imaginado a partir de las palabras de mi madre: salen de casa apretando los dientes en los días de invierno, conectan la dinamo, retiran con un trapo la escarcha del sillín y comienzan a pedalear con ritmo autómatas para desembocar, desde camberas, caminos y bacheadas pistas, en la carretera, donde se unen aún sin deshacerse del frío a la larga santa compañía de cada jornada. Los contemplo desde arriba, como si fuera montada en un helicóptero controlador del tráfico, avanzando en fila india por la garganta del Besaya, bajando el alto de Hijas con los dedos –protegidos por los guantes de lana basta– aferrados al freno, subiendo a duras penas la cuesta de la Rueda en Barros. Tosen, les lloran los ojos, se protegen de la lluvia y el relente matutino con los gruesos tabardos que la modernidad sustituirá más tarde por trajes impermeables. Otras veces pedalean casi contentos, dispuestos a la broma, en las madrugadas y las noches frescas de la primavera y el verano.

Comparo a veces nuestras bicis de veintiuna velocidades y colores vivos, nuestros cascos, alforjas, guantes, zapatillas, cuenta-kilómetros y demás parafernalia, con sus bicicletas de hierro macizo; opongo sus cuartillos de vino en botellas de gaseosa a nuestras bebidas isotónicas; su pedalear hacia ocho horas de esfuerzo al lado del nuestro que busca únicamente el disfrute de la ruta, del viento en la cara, de las vistas magníficas desde algún alto del camino. Sé que no tiene sentido comparar, pero sus años de pedaleo resuenan en mi memoria cuando sudo, cuando me duelen las piernas, cuando me agoto y me digo que estaría mil veces mejor embadurnada de crema en una playa del Mediterráneo que recorriendo comarcales de firme infame por el interior reseco del país. Sin acertar yo a descubrir la conexión, son una motivación para mí. Cada verano, cuando nos echamos a la carretera a cumplir esas rutas en las que invertimos nuestros días de vacaciones, me convierto en un sillar del puente por

el que ellos logran salvar de un lado a otro —dos de la tarde, diez de la noche, seis de la mañana, los tres turnos de trabajo en la fundición— la corriente salvaje del olvido.

ÍNDICE

Time for English	9
Seres vivos	13
Azul, blanco y plata	21
Grandes vueltas por etapas	25
Foramontano	41
Anciano en velatorio	51
Educación sentimental	53
Una canción de Quique González	55
La ermita del cerro	65
Riesgos del cocido montañés	67
La nutria esquivia	73
Los Jacintos	75
Dos curvas y ya	81
Santa compañía	85

Este libro se terminó de imprimir
el día 18 de diciembre de 2019
en los Talleres de la Imprenta
Gráficas Romero de Jaraíz de la Vera

Las grandes vueltas por etapas de estas historias se celebran sin apenas público en las cunetas y sin el ruidoso paso previo de la caravana multicolor. Los veloces policías motorizados brillan por su ausencia y no hay controles de avituallamiento. Lo que sí hay en estas vueltas son carreteras comarcales que mueren en lugares pequeños y gente que va y viene por el paisaje, queriendo marcharse o queriendo volver o no queriendo nada. A veces, eso sí, en bicicleta.



DIPUTACIÓN DE CÁCERES